

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Mayo de 1854.

Aldea de Ablon.—Entrada del campamento de Lorena.

TOMO XII. 13

EL RAMO DE PAJA. (1)

V.—EL TRATADO DE ALIANZA.

(Continuacion.)

—No hay vergüenza en ser reina de Francia, señorita; yo tambien tengo mi proyecto de casamiento, y es mas difícil de realizarle que el vuestro. Para ete basta solo haceros dueña de París, y decir al rey, á la cabeza del pueblo y del Parlamento: dadme vuestra mano, señor, y yo os devolveré vuestra capital, mientras que para mi casamiento... Pero despues hablaremos de ese asunto, terminaremos primeramente la esposicion de mi plan. No podreis, monseñor, llegar á ser teniente general, ni vos, señorita, reina de Francia, sino llenando tres condiciones. Necesitais batir al ejército de Turená y de Mazarino, y os doy por esto el del duque de Lorena, junto con el del principe de Condé. Necesitais ademas introducir este ultimo en París; y en fin, la alianza libre ó forzada del parlamento. No tendreis esta alianza mas que por la fuerza, ya lo sabeis. Los parlamentarios, frondistas á medias y revolucionarios en palabras, no abrirán las puertas de París á vuestras tropas. Ahora bien, hago mi negocio de cien mil hombres de la conmocion y de su completo triunfo, si por vuestra parte quereis otorgarme... cuatro bagatelas.

—Pero señor, exclamó el duque de Orleans ¿quién sois para disponer de esa manera del pueblo de París?

—El baron de Altomar, enviado de Carlos de Lorena.

Gaston comprendió que no sabia mas; pero le importaba poco con tal de salir bien de lo demas.

—Veamos las cuatro bagatelas, replicó dispuesto á aceptar.

—En primer lugar, continuó el español, me cedereis un pabellon de Luxemburgo hasta el fin de la guerra.

—¿Para habitarle?

—Para tener alli segura á mi futura esposa.

—Eso es prudencia. Concedido.

—En segundo lugar, pondreis mañana bajo mis órdenes dos mil hombres de vuestras tropas regulares.

—¿Para batir á nuestros enemigos?

—Para habérmelas con mi rival, que manda el mismo número de hombres en el ejército de Turená.

—Eso es muy caballeresco. Concedido tambien. Tendreis los guardias walones que acaba de cederme la España.

—En tercer lugar me dareis vuestra firma en blanco, de la cual haré uso de la manera que me acomode.

—¿Mi firma en blanco!... esto es mas grave que lo demas.

Altomar leyó en su pensamiento, y añadió con pres-teza:

—Os juro que esta firma no os comprometerá, ni delante del rey, ni delante de la regente, ni delante de ningun poder rival.

—Vaya, pues, la firma en blanco, dijo el duque, trazando su nombre sobre una hoja de papel.

—Cuarto y último, si despues de vuestro triunfo hay todavía obstáculos respecto á mí, es decir, respecto á mi en-

lace, empleareis en mi favor vuestra influencia de teniente general y de principe de la sangre.

—Emplearé toda mi influencia.

—¿Hasta en la corte de Roma, añadió el capitán á media voz, si hay precision de anular un casamiento anterior?

—Sea. Tendremos para esto al coadjutor, que será al fin cardenal.

—Eso es lo que yo iba á deciros. Está convenido. Hasta otra vista, monseñor. Corro á anunciar al duque de Lorena nuestro tratado y nuestro plan. Mañana á la noche volveré para tomar posesion de mis dos mil hombres. Pasado mañana instalaré á la futura baronesa de Altomar en Luxemburgo; un dia despues tendrá las veinte mil libras el duque de Lorena, que no esperará ya mas que vuestras órdenes para reunir su ejército con el del principe, y mientras que atacan juntos á Turená y á Mazarino, yo *rogaré humildemente*... con cien mil hombres, al Parlamento que les abra las puertas de París y que os declare teniente general. Vos, *Señorita*, no tendreis entonces mas que dictar vuestro contrato á Luis XIV, y honrar el mio con vuestra firma.

—Os lo prometo, caballero, contestó resueltamente la princesa.

Habia presenciado esta escena en silencio, y dudando dar crédito á lo que veían sus ojos; pero al fin tendió la mano al hombre que le ofrecia la realizacion de su sueño dorado.

Altomar puso en ella sus labios respetuosamente, tomó la firma en blanco del principe y la colocó en su bolsillo; despues, bajando con frente altanera la grande escalera, salió de Luxemburgo por la puerta principal, donde Montandré le esperaba con lo escogido de sus hermanos y amigos.

Rodearon al capitán con nuevas aclamaciones, y le fueron escoltando hasta el Puente Nuevo, como á un rey que regresa á sus estados.

Con efecto, este era un rey, el rey popular de la primera Fronda, pues bajo el traje español del baron de Altomar, verán nuestros lectores, como á Montandré y á sus fieles, á maese Guillermo Deboile vengándose de las ocurrencias de 1648.....

Espliquemos antes de pasar mas adelante, el nuevo papel y el nuevo plan del personage.

VI.

EL NUEVO PLAN DE GUILLERMO DEBOILE.

Deboile, habiéndose fugado de la prision despues del sitio de París, conoció la necesidad que tenia de variar de plan, y se adhirió en Gascuña al ejército errante de Carlos de Lorena, asilo abierto entonces á todos los aventureros de Europa. Su elocuencia, su audacia y su habilidad sedujeron al principe. Llegó á ser su confidente y su embajador en los negocios mas escabrosos. Ademas habia estudiado la guerra de los partidos, y habia llegado á entender tan bien como su gefe el arte de las emboscadas y de los golpes de mano.

En fin, habia anulado su condena y su pasado, por dos medios tan decisivos como atrevidos: 1.º acreditando el rumor de su ejecucion en Burdeos; 2.º reapareciendo en París bajo un título y un traje de extranjero Guillermo De-

(1) Véase el número anterior.

boile, fusilado por sí mismo, no existía ya mas que para sus partidarios; desafiaba á sus jueces y á sus enemigos bajo el nombre de baron de Altomar; y Burdeos estaba entonces tan distante de París, que lograría sus fines antes que se conociese la verdad. Ya hemos visto en otro lugar, que su tez, morena por su residencia en el Mediodía, añadía verosimilitud á su trasformacion, y no dejó de completarla aprendiendo á fondo el español; esto era lo que la posadera del *Sombrero Rojo* llamaba su *admirable idea*. Con efecto, gracias á esta idea, Deboile reanudaba impunemente los dos complots, el de su corazon y el de su cabeza.

Enterado por María Ana de los pasos de Luisa Boucherrat, é informado de que era condesa de Amalby en el nombre solamente, se preparaba á reconquistar su mano, mas ansiada que nunca, asegurándose de su persona, hasta que la hubiese hecho viuda en beneficio suyo.

Comandante de dos mil hombres como su rival, tenía para deshacerse del conde de Amalby, en primer lugar su espada y los incidentes de la guerra, y además la firma en blanco de Gaston de Orleans, cuyo terrible destino era su secreto.

Engrandecido por la multitud, por los prestigios del martirio y de la resurreccion, la dominaria, y trabajaria con mayor éxito que en 1648. Acababa de hacer la experiencia de ello, adhiriendo al tío del rey al yugo de la conmocion, en el momento en que este príncipe iba á unirse á Mazarino.

En cuanto á sus proyectos de venganza respecto á la duquesa de Longueville, y á su sueño ambicioso del papel de Cromwel ó de Masaniello, se aprovecharia de la leccion que le habia dado la primera Fronda á su impaciencia.

Disimularia su bandera roja y su sistema hasta que hubiese abatido la bandera real delante de los príncipes rebeldes, contando con la division de estos despues de la victoria, para hundirlos á su vez bajo el océano popular.

No nos demos prisa á acusarle de loco, pues le veremos despues, con la historia en la mano, lograr su objeto en la *Ormea* de Burdeos.

VII.

EL OIDO DE MR. COLBERT.

Mientras tanto, Guillermo tendrá que hacer mucho en París, pues si el oido de María Ana es fino, no lo es menos el de Mr. de Colbert.

Despues de haber dejado el gabinete de Gaston, el enviado de Mazarino encontró á un page del duque encargado de conducirlo fuera de Luxemburgo. Este page, espía del cardenal, en vez de dirigir á Colbert hácia la escalera, le llevó por un parage que daba á una puerta secreta, detrás de la cual estuvo y oyó el diálogo del duque de Altomar.

Despues Colbert y su guia atravesaron el jardin, y llegaron á otra puerta igualmente secreta que daba vista al campo.

Colbert examinó esta puerta y sus alrededores como hombre de estrategia; luego metió la llave en su bolsillo, se reunió con su escolta situada á dos tiros de fusil, y tomó tranquilamente el camino que conducia al campo real.

VIII.

LOS AGASAJOS DE MAZARINO.

Dos horas despues, Colbert entraba en San Dionisio y penetraba en el gabinete de Mazarino, situado en el centro de la abadía, cerca del aposento del rey y de la reina.

El cardenal, un tanto fatigado por el destierro, no habia perdido nada de su elegancia caballeresca.

Hallábase encerrado con Bernouin, su ayuda de cámara, y el joven Luis XIV.

Los tres hablaban de un asunto que agradaba mucho al príncipe desde aquel tiempo. Se trataba de la señorita María Mancini, una de las cinco sobrinas de Mazarino, que habian recibido el sobrenombre de las cinco Gracias.

En la época en que la señorita de Montpensier procuraba ganar el corazon de Luis XIV, el ministro le habia opuesto como rival esta sobrina con todo el brillo de su belleza. El rey la habia distinguido tan tiernamente, que Mazarino concibió la secreta esperanza de verla un día reina de Francia. Esto hubiese sido la digna coronacion de las grandezas de su familia.

Hacia una hora que Luis XIV habia preguntado por María Mancini. El ministro escitaba, eludiendo la conversacion, la impaciencia del monarca, cuando éste, registrando con la audacia de su edad el escritorio entreabierto, descubrió en él dos cajas de oro, enriquecidas de admirables miniaturas.

—¡Dios mio! ¡hela aqui! exclamó reconociendo la imagen de la muger que llevaba en su corazon.

Una de las miniaturas representaba en efecto á María Mancini, y la otra á Ana Martinozzi, su prima. Aun cuando ambas eran muy hermosas, Luis XIV no habia vacilado un instante en su eleccion.

Mazarino, tranquilo y silencioso, espía con una mirada oblicua la confusa alegría del príncipe.

—Cardenal, exclamó, dadme esta caja de oro para encerrar en ella mis pastillas de España.

El ministro examinó la alhaja como para deliberar, y la mirada del rey quedó pendiente de los labios del cardenal.

En este momento entró Colbert... Mazarino puso la caja en el cajon, y despidió respetuosamente al príncipe.

Este observó á Colbert, su futuro ministro, con un furor concentrado, y murmuró retirándose, no creyendo decir verdad:

—Nunca te querré; desde hoy puedes saberlo.

Mazarino estuvo una hora solo con su enviado. Colbert le dió los nombres de los frondistas á quienes habia convertido, le refirió lo que le habia pasado con el duque de Orleans, le reveló todo cuanto habia sabido acerca del plan de los rebeldes, y terminó con las siguientes palabras:

—El mas terrible aliado de los príncipes será Carlos de Lorena; y el alma de la nueva Fronza es la señorita de Montpensier.

—Es necesario, dijo Mazarino, mantener la neutralidad de Carlos apartándole de París, y arrancar á la Señorita y á Gaston á los parisienses: esto será coriar á Sanson á un mismo tiempo el cabello y la barba.

Y llamando acto continuo á Bernouin :

—¿Para qué día, le preguntó, nos anuncia su llegada el conde de Amalby?

—Para el domingo, monseñor, respondió el ayuda de cámara.

—Está bien. Hay tiempo, dijo el cardenal, mientras que Bernouin se retiraba. El conde Amalby es el hombre de que necesitamos. He aquí el regalo que le reservo, añadió encerrando la llave del Luxemburgo que acababa de darle Colbert.

Después volvió á sacar del cajón los dos retratos de sus sobrinas, trazó algunas líneas sobre un pedazo de papel; las encerró en la caja donde estaba el traslado de Ana Martinuzzi, y dijo sonriendo :

—Otro agasajo para el duque Carlos de Lorena.

En fin, oyendo la voz de Luis XIV en la pieza inmediata, sacó del escritorio el segundo retrato, el de Maria Manzini.

El duque habitaba sin la mas leve repugnancia, una de las pobres cabañas donde algunos bandidos habian pernocado la noche anterior.

Sobrino y sucesor de Enrique, cuñado de Enrique IV, Carlos IV habia pasado su vida perdiendo y reconquistando sus estados. Su hermana Margarita se habia casado con Gaston de Orleans á despecho de Luis XIII y Richelieu. Destronado y expulsado de Nancy por el ejército real, Carlos se habia hecho capitán aventurero, y habia llamado á sus antiguos súbditos bajo su bandera. Siguiéronle muchos seducidos por su buen humor; y con efecto, era el hombre mas extravagante y el compañero mas jovial del mundo. Vestido con la casaca de los soldados y hablando su rudo lenguaje, la tienda habia llegado á ser su palacio, la botella su cetro, las carcajadas su política y el botín sus rentas. Alquilaba á sus soldados á un tanto por día, y vivía del pillage cuando faltaba el sueldo.



Gaston de Orleans.



Señorita Chevreuse.

—¡Ah! ¿la señorita de Montpensier aspira siempre á la mano del rey de Francia?

Y sin acabar la frase, llamó al joven príncipe, al cual entregó la caja de oro para encerrar sus pastillas de España.

Luis XIV lanzó un grito de alegría, y el cardenal murmuró:

—Nada mejor que los agasajos para conservar la amistad.

Después escribió á Maria Manzini y á su prima.

—Volved á la corte; os espero en San Dionisio...

IX.

EL DUQUE CARLOS DE LORENA.

A la siguiente mañana, cerca de la aldea de Ablon, el duque Carlos de Lorena esperaba su correo diario.

A la sazón se hallaba en su cabaña de Ablon, desayunándose con diez sargentos, á la cabeza de los cuales estaba con la copa en la mano y entonando una canción. Los violones, como él decía, eran pagados por la reina, y las flautas por los príncipes de la Fronda.

—A la salud de Mazarino, y por la gloria del príncipe Luis, exclamaba empujando la copa.

Como le habian propuesto que optase por la escarapela verde ó por el ramo de paja, se fué una mañana solo á París. Los príncipes y el parlamento, habiéndole preguntado á qué venía:

—A divertirme, respondió haciendo una pirueta. Y se divirtió efectivamente á espensas de todo el mundo.

Visitó primero á Gondi el coadjutor, quien le hizo un elocuente discurso en favor del tercer partido. Carlos pareció haberle escuchado con una atención profunda; después en lugar de responderle, tomó un breviario de encima de

una mesa y se puso á recitar el oficio divino. El prelado encontró el epigrama un poco fuerte, y Carlos le dejó para ir á ver á Mad. de Montbazon. La encontró con la señorita Chevreuse, la belleza de la época, y las colmó de infinitas y estremadas galanterías. Las dos señoras creyeron poderle ganar en favor de la causa de los príncipes. Le espusieron las ventajas con el lenguaje mas elocuente, y las contestó cogiendo una guitarra y punteándola con sumo primor. Entendieron la sátira mejor que el coadjutor, y las dejó estupefactas soltando una carcajada en medio de su salon. Desde aquí pasó al consejo del principe de Condé, quien le convidó cortesmente para que se sentase á su derecha; pero en calidad de mayor de edad, Carlos rehusó *ceder la mano* á su huésped. A fin de suprimir los lugares de honor, exigió que todas las mesas cuadradas fuesen reemplazadas con mesas redondas; despues, habiéndose diver-

Luego, despues de haber espuesto el plan de los frondistas, Altomar pasó á escoger en su compañía los cien hombres en quienes mas seguridad tenia, para unirlos á los walones que debia mandar.

Una hora despues llegó el segundo correo.

Era la respuesta de Mazarino, la carta encerrada en su caja de oro.

A la vista del retrato de Ana Martinozzi, Carlos de Lorena se sonrió retorciéndose el bigote; despues abrió la caja y leyó estas palabras del cardenal:

«Cuando Mazarino haya entrado en París, su sobrina se casará con Carlos IV de Nancy. Pero para que Mazarino entre en París, Carlos debe alejarse á quince leguas de este sitio.»

—La promesa es algo vaga, dijo el principe guiñando el ojo y deliberando aparte. Cojamos las veinte mil libras de



Señorita de Martinozzi y señorita Manzini, sobrinas de Mazarino.

tido, como él decia, se marchó á su campo tarareando una cancion popular.

Sin embargo, sus ocho mil hombres eran una cosa grave, y queria venderlos muy caros. Con una mano habia enviado á Altomar cerca de Gaston, con las proposiciones que hemos visto, y con la otra habia escrito á Mazarino con la mejor tinta, ofreciéndole casarse con su sobrina Martinozzi si el rey le restablecia en sus estados.

Esperando la respuesta mas ventajosa, desocupaba las veinte botellas con sus diez sargentos, de los cuales la mitad habian ya caído debajo de la mesa.

El primer correo que vino fué el baron de Altomar; el duque volvió á tomar su aspecto grave para recibirle, y mandó salir á sus convidados.

El capitan le dió cuenta de su mision, le anunció que el mercado estaba concluido por veinte mil libras, y le aseguró que las recibiria al siguiente dia con las instrucciones de su cuñado.

Gaston, concluyó filosóficamente. Un toma vale mas que dos te daré, dice el proverbio. La sabiduría de las naciones debe ser la de los reyes. Se trata de conciliar las dos proposiciones; la cosa no es imposible si se tiene un poco de imaginacion...

Y cuando Altomar se despidió, le dió esta respuesta para el duque de Orleans:

—A Dios rezando y con el mazo dando; que se insinúe y yo marcharé. Los ocho dias empezarán á contarse desde aquel en que yo haya tomado las veinte mil libras. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Despues envió á Mazarino esta otra respuesta:

«La Martinozzi es encantadora. Antes de tres dias estaré á quince leguas de París; y cuando Carlos haya entrado en Nancy, Carlos se casará con vuestra sobrina en París.»

X.

SOÑAR Y DESPERTAR.

Después de dos días de descanso y de resignación en la posada del *Sombrero Rojo*, la condesa Luisa de Amalby ya no sufría, y debía al siguiente día ver si podía andar.

Vestida siempre con su traje de mosquetero, se hallaba recostada sobre su cama, dejando flotar sobre sus orejas sus cabellos fuera de prisión, y contando con la alegría de un avaro todas las piezas de su tesoro.

Este tesoro era un pequeño cofre, cuya llave descansaba sobre su corazón, y estas piezas eran las cartas que su marido le había dirigido desde su separación.

Sentado enfrente, en un ancho sillón, Juan Boucherat su padre, el escudero del gorro de algodón, pasaba revista á otro tesoro, las veinte mil libras ocultas en el fondo de su maleta.

Eran cerca de las siete de la tarde. El ruido de la posada se iba apagando, y los últimos rayos del sol lanzaban sus reflejos sobre el rostro de la condesa.

Tenia entonces veinte y un años, y á pesar de los pesares, de la ausencia y de las fatigas de los viajes, su belleza se había acrecentado desde 1649. Semejante á aquellas flores vigorosas que por nada se alteran, se había puesto lozana en medio de las tempestades.

—¿Sabeis, padre mio, decía, que si el rey tuviese muchos súbditos como vos, mi tío Broussel á pesar de su palabra, y los príncipes á pesar de su espada, su magestad entraría en triunfo en París? Durante la primera Fronda, Mazarino os llamaba con malicia el *donador de consejos*; ¿qué diría si supiera que habíais vendido vuestros molinos para añadir dos mil hombres al ejército real?

—Diga lo que quiera, hija mia; al cumplir con mi deber no he contado con su reconocimiento.

—Ya lo sé; pero la sorpresa del cardenal me divertirá. El que pretende adivinar todos los complots, y no sospecha el que hemos formado con el conde. Espera un simple capitán con cuatrocientos hombres, y va á recibir un teniente general con dos mil.

—Calma, señor mosquetero, que aun no sois coronela; Felipe de Amalby no tiene aun su despacho.

—¡Oh! yo me encargo de eso, dijo Luisa; yo misma entregaré las veinte mil libras á la reina, y su recompensa será el despacho de mi marido; no necesitare mas... conozco el corazón de Ana de Austria, y ella conoce el valor de Felipe. Por otra parte, enviándole á Mr. de Turena, le señala como al *primer capitán de su ejército*. Mirad, he aquí la última carta del conde, donde transcribe la de su general. ¡Desgraciados de los frondistas! continuó la joven exaltándose.

En este momento la hizo estremecer un ruido que oyó por fuera. Boucherat levantó la cortina, y vió que se cerraban las puertas de la posada. La noche estaba cerrada y las luces se apagaban en Choisy.

—Coronel, dijo Boucherat poniendo la maleta debajo de su almohada: mientras tanto no llega el caso de que escarmentéis á los frondistas, podeis dormir tranquilo.

—¡Todavía un día, solo un día de separación! murmuró Luisa, arreglando por su parte sus cartas. Después añadió

con un resto de inquietud: aquel oficial español no lo he vuelto á ver desde ayer en el *Sombrero Rojo*.

—Siempre estás pensando en él, dijo el escudero atándose el gorro con una cinta: un mosquetero como tú...

Luisa se tranquilizó, suspiró dulcemente y dijo:

—Voy á pensar en el conde de Amalby.

—En buen hora.

—¿Sabeis la idea que me viene, padre mio? añadió de pronto; ¡si en vez de llegar mañana al campo del rey, Felipe habrá llegado aquí hoy, y tendrá en este momento vuestra carta, que le anuncia que nosotros le esperamos?

—Sin duda; y en lugar de venir á buscarte pasado mañana, vendría....

—¡Mañana! exclamó Luisa saltando de alegría; ¡oh, eso sería una gran felicidad!

—¡Vamos, vamos, dijo Juan Boucherat, tranquilicémonos! tú vas á quitarte el aparato de la pierna. La cabeza sobre la almohada, y buenas noches, señora.

La condesa obedeció, pero repitiendo:—Mañana, mañana! ¡apuesto cualquiera cosa á que viene mañana!

Quedóse dormida con este risueño pensamiento, mientras que su digno padre, inmóvil al pie de su lecho, prolongaba su velada para contemplarla con ternura.

—Encantadora cabeza, y noble corazón, decía viendo su pecho palpar. ¡Cuánto agradecerá á Amalby encontrarla así, y cuán feliz se creará volviéndola á ver después de una separación tan larga! En cuanto á S. M. Luis XIV, estoy seguro que la dará un beso en la frente—como el día en que firmaba su contrato.

Después el buen hombre se puso á pensar en la dulce vida que pasarían juntos, cuando Felipe no tuviera mas que descansar sobre sus laureles. Los dos esposos pasarían el invierno en la corte en medio de los festejos de París, y habitarían durante la primavera una bonita casa que les edificaría en Gonesse.—En fin, el rey me hace barón, y es preciso que yo tenga mi castillo como los demas. Yo ganaré esto con el precio de mis trigos, que subirán después de la paz. Convidaré algunas veces á mi cuñado Broussel, y le haré que se arregle con la historia de su parlamento, y entrará por el camino de la razón.

Boucherat fué interrumpido por la voz de su hija... Ella pronunciaba durmiendo palabras inarticuladas...

—Padre mio, ya os lo habia dicho... He aquí á Felipe... Si, es él... ¡Qué hermoso está sobre su caballo de guerra! ¡Ah! su nuevo regimiento se despliega... ¡Dios mio! ¡Cuántos hombres, cuántas espadas! ¡y mi marido manda todo esto! ¡Acercaos, acercaos, señor coronel... ¿Vos no me conociais? Yo soy Raoul de Estanges, el mosquetero... Miradme bien... ¡ja, ja, ja!

Y la joven lanzaba carcajadas estrepitosas, que resonaban en el corazón de Boucherat.

Pero este ruido le apagó otro; se oyeron pasos de numerosos caballos y el choque de las armaduras.

El anciano se lanzó á la ventana, la entreabre, y á la luz de las estrellas distingue algunos caballeros.

—¿Qué es esto? dijo con asombro.

Pero en el mismo instante, observa un carruaje en medio de los caballos, distingue al gefe de la tropa, y ve una banda verde sobre su pecho.

—¡Soldados del rey! ¡Dios mio! ¡Admirable sorpresa!

Luego despertando á su hija:

—¡Luisa! grita, lo habías adivinado... tu sueño es una verdad... ahí tienes á Amalby y á su regimiento.

—Amalby! repitió la jóven con una especie de delirio.

Y olvidando su herida, salta de la cama y se precipita en la ventana.

Pero ya estaba abierta la puerta de la habitacion, y en lugar de Felipe, se adelantaba un desconocido con la cara cubierta con una máscara de terciopelo, embozado en una capa, y seguido de cuatro soldados enmascarados como él.

Delante de esta aparicion tan diferente de lo que esperaban, Boucherat y Luisa quedaron petrificados. El padre no tiene ya mas que la fuerza para ponerse delante de su hija y llevar la mano hácia su espada colgada de la pared.

—Nada de resistencia, caballero, dijo uno de los hombres, y ni una palabra, si teneis en algo la vida y la de vuestra hija.

Al mismo tiempo cuatro brazos de hierro le llevan á la habitacion inmediata, mientras que otros cuatro conducen á Luisa desmayada á un carruaje.

Un cuarto de hora despues, todo habia desaparecido; el silencio se habia restablecido en la posada, y Boucherat, abandonado por sus opresores, volvía á entrar delirante en su aposento donde en vano buscaba á su hija y su maleta.

No halló mas que estas palabras escritas sobre una mesa. *Los que se hacen soldados sufren las vicisitudes de la guerra. Volvereis á ver en un palacio á la que os han arrebatado en una posada. Vuestras veinte mil libras os serán devueltas con usura. Regresad á vuestros molinos de Gonesse.*

Buscó inútilmente la clave de este misterio... Y la posadera y los criados, habiéndose despertado por sus gritos, se presentan tan admirados y tan desconsolados como él.

Todo lo que pudo hacer, al rayar el día, despues de cuatro horas de angustias y de furores, fué montar á caballo y correr, no á sus molinos de Gonesse, sino al campo del rey en San Dionisio.

El conde de Amalby no habia llegado á él todavía, pero se le esperaba de un momento á otro.

XI.

LA PRISIONERA.

Durante este tiempo, los conductores de la condesa habian tomado el camino de Paris, en cuya capital entraron en medio de la noche mas sombría; atravesaron las puertas presentando un salvo-conducto del duque de Orleans, recorrieron las silenciosas calles de la Cité y del barrio Latino, y se detuvieron delante de un gran edificio rodeado de árboles y de flores.

Cuando Luisa volvió en sí, se encontró en un salon cubierto de damasco y adornado con muebles espléndidos. Los sirvientes la prodigaban los mayores cuidados; todo lo que el amor puede preveer, todo lo que la fantasía puede desear, adornos, trages, la mesa esquisita, perfumes delicados, libros entretenidos, flores, se hallaba reunido en su derredor.

Como ella esperaba despertar en un calabozo, fué tan grande su sorpresa, que preguntó si se encontraba al lado de Felipe...

Pero esta ilusion se desvaneció con la lectura de una carta que le presentó respetuosamente una doncella:

«Señora, estad tranquila respecto á vuestro padre, y segun por lo que á vos toca. Con un desinterés que apreciareis muy pronto, he debido arrancaros de antemano de las desgracias que os ocasionaria la derrota de Mazarino. Vivid y mandad como reina en el palacio que os han dado por residencia.

«Baron de ALTOMAR.»

—¡El oficial español del Sombrero Rojo! exclamó Luisa, reconociendo el nombre que habia oido nombrar en Choisy. ¡Dios mio, Dios mio! añadió perdiéndose en sus conjeturas, ¿quién es este hombre? ¿Cuales son sus proyectos respecto á mí?... ¿Por qué apareció con aquella máscara?... ¿Acaso para ocultar su semejanza con Mr. Deboile... con Mr. Deboile fusilado en Burdeos?...

Tantas emociones, se concibe, habian borrado de su memoria su herida y las precauciones que aun exigía su estado. Se levanta y anda vacilando sobre su pie enfermo... Preguntó con la vista y con la voz á todo cuanto le rodea, y no obtiene otra respuesta que homenajes y ofertas de servicio. Su marcha incierta la lleva al extremo del aposento, y encuentra allí guardias armados que silenciosamente la impiden el paso... Mira al través de los balcones, y ve mosquetes relumbrar en la sombra.

—¡Prisionera! exclamó dejándose caer en un sillón; pero prisionera, ¿dónde?... ¿prisionera, de quién? ¡Oh! ¡esto es para volverse loca!...

Cierra los ojos, y procura olvidarlo todo. Luego piensa en Felipe, invoca su memoria, y consigue de este modo un poco de tranquilidad. En fin un torrente de lágrimas la alivia; un ruego la devuelve las fuerzas, medita y reposa el curso de sus aventuras.

—¡Maldito trage! dice mirando su uniforme.... Mi padre tenia razon, sin duda; este disfraz es el que me ha perdido despertando sospechas en los enemigos...

Solamente entonces acepta los cuidados de las mugeres que la rodeaban; se despoja de su trage de mosquetero; deja fijar sus cabellos con un peine de oro; y entre los vestidos que la presentan escoge un trage de mangas anchas; entre las flores que mira escoge algunos tulipanes, se apoya pensativa contra la baranda de un balcon, consultando las pobres flores que oprimen sus dedos, con la supersticion de los desgraciados que esperan un alivio casual.

Cuando el alba alumbró por fin el horizonte, reconoció, con nueva sorpresa el jardin de Luxemburgo.

XII.

EL CONSEJO DEL REY.

Despues de haber secuestrado así á su prisionera, á la cual no queria presentarse mas que en triunfo, despues de haber confiado su custodia á aquellos en quienes mas confianza tenia, Deboile, á quien llamaremos como todo el mundo, el baron de Altomar, fué á poner á disposicion de Gaston de Orleans las 20,000 libras de Boucherat, y se encargó de llevarlas de parte del duque, á su cuñado Carlos,

con estas palabras significativas: *Dentro de tres días la batalla: juntad á Condé en Charenton.*

—¿Dentro de tres días? sea; allí estaré, respondió el príncipe de Lorena, encajonando las 20,000 libras; hay mas

tasen el campo para que tomasen á galope..... el camino de Eprenay.

Cumplida esta mision, y lejos de sospechar su resultado, Altomar llevó sus walones á la puerta de San Antonio, para



La condesa de Amalby, en Luxemburgo.

tiempo del que necesitamos, añadió aparte, para arreglarme con Mazarino.

Y algunas horas despues, volviendo la espalda á la cita que acababa de aceptar, mandaba á sus tropas que levantasen

los á la mano, y volvió para preparar en los barrios la que llamaba su *súplica* al parlamento.

Veamos lo que durante este tiempo pasa en San Dionisio.

(Se continuará.)

LA CAPILLA DE LAS ROCAS.



Capilla de las Rocas Tranchelions. (Francia).

UN MISTERIO HISTORICO.

Vamos á dar cuenta de una estraña conjetura histórica, hecha para conmovér á todos los biógrafos, cronistas, novelistas y dramaturgos.

Sin duda recordarán nuestros lectores el famoso torneo del 30 de junio de 1339, en el cual el rey de Francia, Enrique II recibió del conde de Montgomery una herida en un ojo, de resultas de la cual murió el día 10 de julio. Hasta ahora todo el mundo había creído, y vds. también seguramente, que esta herida fué un accidente casual. Pues bien, ¿qué dirían si yo les probara que fué el efecto premeditado de un duelo á muerte? Escuchemos y juzguemos; he aquí lo que nos han escrito de Francia con este motivo:

«Visitaba ayer una de aquellas perlas arquitectónicas del siglo XVI, destruidas por el vandalismo y olvidadas por la indiferencia en todos los lugares por donde las revoluciones han pasado haciendo estragos. Me refiero á la capilla de las Rocas en la Turena, que el fiel lápiz de un artista amigo mío os la presentará tal como el azote de 1793 la ha dejado. Un infatigable anticuario del país nos acompañaba.

Tomo XII.

La tierra y el castillo de las Rocas, nos decía, eran en otro tiempo una residencia señorial importante. Poseído sucesivamente por las familias de Latouche, de Montgomery, Ferrand, de Beauveau, de Montgoger, etc., este dominio pertenece hoy al conde Arturo de la Villarmois, herencia de su muger María de Grollier, de la casa de Choiseul. Pero esto no es lo que debe ocuparnos. Despues del torneo de la calle de San Antonio, el conde de Montgomery, capitán de la guardia escocesa, se refugió en las Rocas en casa de su suegro, Lancelot de la Touche. ¿Por qué se ocultaba Montgomery, si había matado involuntariamente al rey de Francia? Este misterio fué muy curioso, y el nieto de un contemporáneo que conoció mi abuelo, afirmaba que la justa del rey y del capitán había sido, sin nadie saberlo, un duelo á muerte.

»He aquí, según su versión, cómo pasó esto. Montgomery y Enrique II se habían encontrado algunos días antes en una fiesta, donde el rey iba disfrazado y enmascarado. Tuviron una especie de querella sobre un motivo frívolo, y el conde viéndose insultado pidió satisfacción á su adversario desconocido. Este le llevó á un gabinete y se despojó de la máscara. Montgomery, reconociendo al rey, le saludó iró-

nicamente, y dijo que máscara por máscara, la diadema era la mas ventajosa para quedar impune. El caballero Enrique II no pudo sufrir esta injuria.

—No importa, dijo el rey á su vasallo; monarca para todo el mundo, no soy desde ahora para vos mas que un caballero. He aqui el medio de batirnos á la vez secreta y públicamente, de conciliar la regla con el derecho de la monarquía. Justaremos juntos en el torneo que se prepara. Nada mas fácil que convertir este juego de armas en un duelo á muerte. Nos bastará despojarnos de nuestros cascos cuando nuestras lanzas se hayan roto... Si vos me matais, vos no sereis mas que un imprudente; si yo os mato, esto no será mas que una insignificante desgracia. Yo quiero mejor morir como buen caballero que vivir como mal rey. Vuestro padre quemó al mio en un simulacro (1). Se dirá que los Montgommery tienen la mano desgraciada, y mi sucesor abolirá la moda de los torneos. Lo demas quedará entre nosotros hasta que nos veamos en el tribunal de Dios.

«El capitán aceptó, y el torneo se verificó como lo sabeis... El último día, en el último pase, el rey vencedor hasta entonces, tomó dos lanzas que quedaban, y presentó una de ellas á Montgommery. Este vaciló mucho, dicen los historiadores... No obedeció sino á la tercera intimación de Enrique II. En fin, se lanzaron el uno contra el otro en medio de los aplausos de la corte. Rotas sus lanzas, conservaron los troncos, y el del conde, levantando la visera del rey la introdujo en un ojo y le atravesó el cráneo.

«Sacado moribundo de la lid, Enrique II no pronunció una palabra, sino para mandar que se respetara á su asesino involuntario. Catalina de Médicis, la implacable viuda, ¿sospechó acaso la verdad? El caso es que persiguió á Montgommery, que se habia hecho protestante, y que su cabeza cayó en la plaza de Greve el 27 de mayo de 1574.»

Tal es la confidencia de nuestro anticuario. No tiene otra garantía que la tradición verbal, pero encierra un drama harto palpitante que he creído deber revelar, como un hecho que me parece oportuno para que le inserteis en el *Museo de las Familias*.

Las Rocas.—Febrero de 1834.

C. DE C.

LA CAJA DEL MILAGRO.

Atribulada una madre de familia en ver que los intereses de su casa iban de día en día á menos, tomó el partido de dirigirse á un anciano solitario, que habitaba en un lugar muy recóndito de un inmediato y espeso bosque, para que este venerable varón la diera un remedio, á fin de atajar la ruina de su casa.

«¿No teneis, preguntó la contristada muger al solitario, despues de haberle pintado sus cuitas, algun remedio que darne, para que el mal no vaya siquiera á mas?»

El solitario, hombre en extremo jovial, invitándola á que aguardara un poco, se marchó, y sin dejarse esperar mu-

(1) En 1521, Francisco I se divertía con sus amigos en tomar por asalto arrojando bolas de nieve y patatas cocidas, la casa del conde de San Pol. Jacobo de Montgommery, que figuraba entre los sitiados, lanzó un tizo ardiendo á la barba del rey. La gravedad de la herida y la cicatriz que en ella dejó, trageron la moda de las barbas largas y cabellos cortos.

cho volvió, trayendo entre sus manos una caja perfectamente lacrada y provista de varios sellos. «Aquí tienes, infeliz muger, dijola el solitario, esta caja; recorre con ella durante un año tres veces al día y tres de noche todas las estancias, hasta los últimos rincones de tu vivienda, y te irá, te lo aseguro, mucho mejor. Trascurrido que sea el año vienes y me restituyes la caja.»

La pobre muger puso su fé y su confianza íntima en la tal caja, llevándola como se lo previno el solitario por todas partes de su casa. Como bajase un día á la bodega, he aqui que se halla con el criado, que muy descuidado llenaba una bota de vino en una cuba. Otro día atrapó en altas horas de la noche á las criadas que ya iban á engullirse una tortilla que acababan de hacer. En otra ocasion al pasar por la cuadra, se encuentra que el ganado estaba en completo abandono, y por este estilo apenas hubo día en que no tuviera que remediar alguna falta.

Pasó así el año, y contenta en extremo, fué la muger en busca del solitario y le dice: «Todo va ahora en mi casa mucho mejor. ¡Ay señor! dejad, dejadme esta prodigiosa caja todavia otro año, su contenido debe ser á no dudarlo, un portento.»

Al oír el solitario estas palabras, no pudo contener la sonrisa y lleno de bondad la contesta: La caja no puedo dejarte, pero el contenido si, voy á cedértele. Y con esto la abrió; mas ¿cuál no debería ser la admiración de nuestra muger cuando vió que el prodigioso contenido vino á reducirse á un papel sobre el cual estaba escrito:

«El que quiera su hacienda conservar
Por sí mismo la debe vigilar!»

RAIMUNDO LULIO.

UNA PAGINA DE SU VIDA.

PROLOGO.

Hace algunos años que el valle del antiguo Priorato de Scala-Dei está padeciendo una pertinaz sequia, que los ancianos atribuyen á causas sobrenaturales, y los profanos pensamos es efecto de la gran destruccion de los arbolados en la falda del Monsant y cordillera de Prades, que hemos presenciado desde 1833. Nos acordamos que cuando niños acudíamos, en casos análogos, en devotas procesiones á la Virgen que don Juan de Aragon trasladó desde la catedral de Tarragona, sobre la peña de Ciurana, y la fé pura dominaba en la mayor parte de nuestros mayores, que jamás invocaron en vano el amparo de la madre de Jesus. Los odios políticos y la lucha de sangre nos hicieron olvidar aquellas tiernas escenas de esperanza que acumulaban encima del peñasco de arena, cinco mil habitantes del valle del Priorato, y han pasado largos días sin que el santuario de María recibiese otros obsequios fuera de las individuales oraciones del cura, alguna romería de los alrededores y mas que oraciones sendas blasfemias ó escenas homicidas. La paz de 1840 dió treguas á la impiedad, á las batallas militares sucedieron festines campestres, á los caballos, pollinos, y las cosas volvieron á su estado de antaño

poco á poco. Empero ¿dónde está la inocencia de las costumbres, y la pureza de los corazones? Hoy día ya no vamos á visitar los santuarios sino bajo el fútil pretexto de pasar unas horas de broma, ó para acudir á una cita; los curiosos registran las antiguallas, los jóvenes buscan flores, y los hombres positivos procuran para su estómago. La tierra se va volviendo estéril, las estaciones malignas, y el país se empobrece. Una que otra vez se recurre á implorar misericordia, y despues todo el mundo se olvida. En el verano de 1849 pareció renacer el entusiasmo de la comarca, que asistió en masa á las plegarias de costumbre en la Peña de Ciurana. Un joven misionero en cuya amistad nos contábam, arrancó lágrimas á un inmenso auditorio y creímos haber retornado á los tiempos patriarcales al contemplar los felices resultados de aquella expedición sagrada. Mas ¡ah! cesaron las causas de la efervescencia religiosa y nadie se acordó del llanto: vinieron danzas y convites, pesóse en la balanza del interés material los gastos y entradas, abriéronse cloacas á los inmundos vicios, y al pasar por debajo la Peña Morada pocos son los que mediten en lo pasado y piensen en el porvenir.

Las taciturnas ruinas de Ciurana han llamado la atención de los infinitos peregrinos que han visitado á la Virgen bienhechora de la comarca; mas dudo que alguno de ellos haya parado su atención en un sepulcro toscó de piedra, situado en uno de los ángulos de la antigua mezquita. Aquella tumba contuvo los restos del primer caballero cristiano que conquistó á Ciurana, Pedro Lulio. El tiempo y la mano de los importunos han dispersado sus cenizas ó sus huesos convertidos en polvo; mas una inscripción lácnica da fé de su historia:

PETRUS PRIMUS DOMINUS PETRE.

La familia de los Lulios, originaria de Aragón, envió á uno de sus hijos á la sierra de Prades, y Berenguer le hizo señor de Ciurana.

Bajo la doble impresion de las ideas religiosas que hemos delineado, y de la crónica particular que leímos en el archivo de los cartujos de Scala-Dei, pudimos penetrar en la historia de aquel siglo y sospechar uno de los dramas mas interesantes para la ávida curiosidad del día.

I.

DON GASPAR.

Despues de la conquista de Lérida, el conde Ramon Berenguer de Barcelona, ayudado por los genoveses, se apoderó del litoral del Ebro, mientras que sus lugartenientes arrojaban de la sierra de Prades á los últimos agarenos que quedaban en Cataluña. Próspero de Tamarit se hizo dueño de Al-biol, Antonio Mesa obligó á capitular á Muley de Prades, y Gaspar Lulio tomó por asalto á Ciurana. Este castillo situado sobre una península de roca arenosa, sufrió un sitio de mas de dos años, y á no haber mediado la traición de los hebreos que se habian refugiado allí, á buen seguro que el hidalgo aragonés no hubiese tenido el gusto de pasar á cuchillo á todos los mahometanos que defendian la fortaleza. Libres aquellos valles de la media luna, vieron en pocos años trasformadas sus mezquitas en templos de Cristo y las casas de recreo en conventos.

Hacia unos cincuenta que Gaspar Lulio era señor de Ciurana y reinaba la paz en toda la comarca. Los moros distaban cincuenta leguas y mediaba el Ebro para que se atreviesen á turbar el sosiego de sus enemigos. Acababa de solemnizarse una de las fiestas cristianas, y despues de la función cada habitante se retiró á su casa. El castellano, seguido de su capellan y de un joven sobrino, se paseaba por entre las columnas del pórtico, aguardando sin duda la hora del medio día. El anciano Lulio contaba mas de setenta años, y su magestuosa frente estaba llena de arrugas. Luengos cabellos canos caian sobre sus hombros, y no era menos blanca su barba bien poblada. Todavía era firme su brazo, y no se le habia visto flaquear sus piernas. Con todo, en su rostro estaba pintada la tristeza, y era público entre los suyos que hacia mas de veinte años no habia asomado la sonrisa en sus labios. El clérigo era de mediana edad, enjuto de carnes, y casi de la misma estatura que don Gaspar, solo que éste formaba el tipo del atleta, y el otro de su esqueleto. El sobrino era un rubio imberbe, cuya cara pálida con ojos azules, nada significaba al lado de aquellos dos hombres de carácter.

—Lotario, decia el anciano al capellan, son vanos ya los consuelos para un corazón ulcerado como debe estar el mio. La Providencia siempre se ha mostrado contraria á mis deseos, quizás para espiación de muy antiguas culpas. Mi estirpe queda estinguida, no por falta de hijos, sino porque Dios me los ha dado para verlos morir uno tras otro á manos de un misterioso puñal. Sí, Lotario, estoy condenado á no dejar el luto; en seis años de matrimonio, cinco hijos, cuatro victimas; y si esa niña ha quedado con vida, ha sido solo para mas padecer, ella con su palidez enfermiza, yo con el dolor de verla muriendo. Bajaré al sepulcro sin que una mano amiga cierre mis cansados párpados y no dejaré quien perpetue mi nombre y venga á llorar en mi tumba.

—Tío Gaspar, no os abandonéis al pesar. En una edad tan avanzada, de todo debe el hombre olvidarse.

—¿Olvidar mi desventura? jamás. Fui harto feliz para no acordarme en mi viudedad.

—Aquel lazo fatal fué el origen de vuestras desgracias.

—Era esposo, Lotario.

—Sí, pero muy culpable, don Gaspar. Oriunda Sara de una raza impia, érale vedado aspirar al tálamo de un rico-hombre de Aragón. Para manceba hermosa, para consorte un borron.

—¡Oht la amaba demasiado.

—No teneis excusa, Lulio, era de sangre judía.

—¿En qué delinquiró la desdichada si fueron sus padres hebreos? ¿Puede nunca la inocencia caer en culpa antes de existir? Cuando mi espada vencedora conquistó á Ciurana, encontré entre las ruinas á esa niña abandonada. Enternecióme su llanto. Moviome á compasion su horfandad, y halagado por sus infantiles sonrisas, la recogí en mis brazos. Prendado quedé de su candor, y sentí nacer en mi corazón una centella de esa pasión inmensa, sin sospechar que con el tiempo llegase á ser amor.

—Era una flor de una planta maldita, una hija de los verdugos del Salvador. Ella manchó el blason de vuestra casa, turbó la tranquilidad de vuestra alma, y empañó el lustre de los Lulios.

—¿Si la niña recibió el santo bautismo y no pudo conocer á sus padres, en qué fué delincuente?

—Culpa la de nacer en seno de hebrea, como la que sufrimos por la primera madre; culpa la de sus pasados en el sangriento drama de Sion; culpa cual, que el sayon imprime al apóstata con el fuego; culpa, en fin, la vuestra en dudar. Es propio de la juventud sentir compasión por una niña; ¡mas vos, guerrero de la Cruz, por juegos de una chiquilla os transformásteis en juguete suyo, cuando no os ablandó la carnicería de Huesca, no os impuso el martirio de los Caros, ni os hizo llorar la muerte cruenta de vuestro padre? Vos, sonreír á las sonrisas de un ser mudo, balbucear palabras de insensato, esperar horas de amor de una muger en mantillas cuando las canas asomaban en vuestra frente? Aragon podía disimular tales flaquezas, Roma no debió consentir el himeneo. Casi siempre se ha visto que la piedad, mal entendida con los judíos, poco á poco llega á degenerar en heregía.

—Entre la fé y mi pasión no llegué á dudar un solo instante, ni fué criminal mi cariño, aun cuando fuese verdad

damas que quisieron honrar el vástago de los Lulios con fiestas y torneos. Vino al mundo el primer fruto de mi amor, y pareció que el sol le saludaba en su oriente nadando entre nubes de fuego. Principiaron las danzas y convites, Sara lloraba de alegría, y yo, necio de mi, pensé que todo el mundo podía envidiar mi felicidad. Llegó la noche clara y serena con sus brillantes astros, y el sueño tendió su mano sobre nuestros párpados; figuréme ver entonces á una sombra callada penetrar en la estancia de mi esposa y divisar un puñal en su descarnada mano. Probé de despertar, quise correr tras ella, la voz se ahogó en mi garganta, y un sudor helado ató mis miembros. ¿Cuánto tiempo duró aquella pesadilla horrible? Lo ignoro; solo sé que al otro día por la mañana mi hijo fué hallado cadáver en su cuna. El puñal que había atravesado su corazón estaba allí acusador y mudo; su madre calló el secreto, si es que visible fuera para ella aquel crimen, y todas mis pesquisas nada supieron averiguar. Por segunda vez aban-



Lulio, Lotario y don Jimeno.

lo que decís. El día en que salvé á Sara del abandono y de la muerte, no pude sospechar las consecuencias de un momento de compasión. Luego, tras los años de su adolescencia, al contemplar en su hermoso rostro tanta pureza é inocencia, olvidé mi senectud, y ese corazón insensible palpitó de gozo á la idea de ser amado. Llevóme el sueño de la dicha en alas del deseo, y tan tarde comprendí la felicidad de los esposos. ¡Ay de mí! El cielo maldijo nuestro himeneo. Me acuerdo qué dolorosas fueron para ella mis caricias, y qué apariciones pavorosas precedieron á nuestro enlace. En medio de la noche oí gritos extraños, vi pasar ante mis ojos fantasmas amenazadoras cuyo misterio nadie supo averiguar. Poseído de negros presentimientos y cobarde por su amor, abandoné á Ciurana con sus espectros, hui del castillo aterrador, y la corte de Berenguer me recibió con afecto, y á la bella Sara con admiración. Adornéme tanta dicha, y antes de un año olvidé las amargas predicciones de esa Peña misteriosa en brazos de mi esposa. Para celebrar el nacimiento de mi hijo, volví á este castillo acompañado de un sin número de caballeros y

donamos á Ciurana para siempre; mas ¡ay! la mano sangrienta nos persiguió por todas partes. En Lérida perdí á una hija, en Mallorca desapareció el último de la familia.

—Acaso vive todavía.

—Lo dudo, Lotario. Esas misteriosas fantasmas matan y no hieren.

—¡Impenetrable arcano!

—Por último, desesperado y lleno de ideas supersticiosas, fui á Roma para implorar misericordia. Allí, á los pies del vicario de Cristo, confesé mi lastimoso drama, las sospechas de heregía y la duda de la culpa. Absolvíome el Pontífice; mas fué dura la penitencia. A fin de que el Señor me perdonase, y para apartar de mi casa al puñal homicida, mandó el tribunal severo que abandonase á mi esposa, causa probable de tales tragedias.

—Es verdad; y desde que Sara partió, la paz y el sosiego han vuelto en vuestro techo. Dios ha recompensado la prueba que habeis sufrido dejando lágrimas que enjugar, é hijos para consolaros.

—Sí, una niña débil y enfermiza.

—Cierto por desgracia. Cuando miro ese rostro macilento do la cólera del cielo imprimió el sello del castigo; cuando contemplo sus pálidas mejillas y las venas azuladas que surcan esa frente de quince años arrugada por la tristeza; cuando oigo sus suspiros..... ¡oh! siempre, siempre he creído leer en su cara la implacable sentencia que el Altísimo lanzó sobre los asesinos del Hombre-Dios. Bien lo veis; todos los remedios son inútiles para ese mal desconocido que la consume: á pesar de la aparente mejoría de estos últimos días, bien claro vemos va muriendo lentamente.

—¿Hay mas sacrificios que hacer?

—Sí: encerrarla en un convento, llevarla fuera de ese mundo que la mira con repugnancia; aislarla como á oveja manchada de esa lepra de Judá. Evitaredis quizás de esta manera que la Justicia Divina complete la destruccion de vuestra stirpe. En un asilo sagrado conservaredis á esa po-

—¿Raimundo, decidis? ¿Ese mágico hebreo que cura por ensalmo? prefiero morir antes que ponerme en manos de ese alquimista cuyas abominables artes proceden del infierno

—Raimundo ha dado pruebas de su ciencia.

—Milagros de Luzbel.

—Sois supersticioso, Lotario; mas no podeis negar que mi hija estaba acabando y que ese médico si no la ha curado del todo, á lo menos hay esperanzas.

—Ya veo el misterio de sus brevages: sostener la efímera existencia de la niña hasta que con ella pueda heredar vuestra fortuna.

—¿Podia negarla al que la ha salvado de la tumba?

—Buen yerno buscais, don Gaspar; un primo hermano de Satanás. A mí no han de alucinarme palabras sentenciosas y frases oratorias; en esas cosas vedadas hasta el tratar de ellas es un delito. ¿Deseais evitar su perdicion? Para



Raimundo en su habitación. — Pág. 110.

bre niña que sufre por la culpa de sus padres. ¡Oh! ¿Qué uera de ella en el siglo si las ilusiones despertasen en su corazón? Al verse privada de salud, condenada á la ignominia, desechada de sus amigas y sin poder ser esposa... ¡Ah! no: el dolor la mataria.

—No me resuelvo.

—¿Dudais, don Gaspar?

—Sois ministro de la iglesia; por este motivo no sabeis lo que es amor. Vos, Lotario, no habeis sentido latir el corazón bajo el manto negro de la castidad, porque el llanto fué prohibido á vuestros ojos, y es ha sido vedado compadeceros de miserias humanas.

—¿A qué ha de serviros tanto suspirar si esa niña pronto ha de morir? ¿Para qué la quereis en el mundo por tan pocos días?

—¿Creí que ese famoso médico la devolveria la salud perdida;

ello el solo médico es Dios. ¿Quién es ese jóven al cual habeis confiado el cuerpo de vuestra hija y que se ha hecho dueño de su alma? Puede que sea uno de los descendientes de aquellos malos cristianos que enlazaron sus manos con las de los sarracenos y mezclaron la pura sangre de Belen con la impura de la Meca. Quizas pertenezca á esa secta maldecida que va divagando sin patria espiondo el crimen del Calvario. Si; y en herencia del pecado que sobre una cruz se perpetró, Dios ha puesto en la frente de los hijos de aquellos verdugos el anatema eterno; desde entonces los restos espúreos del gran pueblo de Israel vegetan entre el asco y el desprecio; olvidando las virtudes de los patriarcas, solo practican los vicios mas inmundos; arrastados por la sed del oro, venden á sus hijas, prostituyen á sus esposas, y no hay bajeza que no cometan por ese vil metal que ellos han deificado. Abandonados por la mano del Señor imploran al ángel rebelde, y por medio

de la magia negra curan á moros y á cristianos, y el vulgo no ve tras su ciencia las artes de Satanás.

—Vais muy errado en pensar que Raimundo sea hijo de raza impura; sus doctrinas y sus virtudes son un testimonio de lo contrario. Todos los días se le ha visto frecuentar el santuario de la Virgen, y allí solo, meditabundo, permanecer largas horas. Cuando la capilla está solitaria, entonces él la visita, huyendo del bullicio y haciendo sus devociones en el aislamiento y el silencio. Algunas veces he penetrado en su aposento, ¿sabeis lo que he encontrado en él? un crucifijo, una lámpara, la Biblia y sus balsamos. ¿Queréis verlo? Vamos á buscarle.

—Dios nos guie.

II.

RAIMUNDO.

—En aquella época la fé cristiana brillaba en toda su pureza y se avivaba mas y mas, efecto de la guerra á muerte que el Occidente habia declarado al Oriente, la cruz á la media luna. Entonces tuvo lugar un fenómeno social harto peregrino: los agarenos, ya fuese por el cambio del clima ó por la decadencia moral, ó tambien por el cansancio y el deseo que naturalmente se tiene de tranquilidad, habian sufrido una completa metamorfosis. Los guerreros del Yemen, los implacables sectarios de Mahomet, los rudos conquistadores del Asia y Africa, eran á la sazón pacíficos habitantes de Granada, amantes de fiestas y galanteos, sábios generosos, y en fin, el tipo mas opuesto á los compañeros que tuvo el profeta. Los cristianos, descendientes de los apóstoles, y de los Augustinos, Gerónimos y Pios, se habian convertido en bravos y montaraces; con la cruz en el pecho ó en la mano, luchaban desesperadamente contra la invasion árabe, y creian indigno de un noble el deletrear pergaminos ó escribirlos cuando el clarín les llamaba sin cesar al combate. Refugiáronse los conocimientos de Europa en los monasterios, y gracias á ellos, pudo renacer con el tiempo la cruz casi apagada durante mas de tres siglos. Si de vez en cuando algun genio colosal descollaba en medio de tanta ignorancia, el vulgo creia ser cosa sobrenatural, atribuyéndolo á la mano de Dios ó á la del diablo. Entre los conocimientos mas influyentes de aquella época, se contaban la alquimia y la medicina: aquella originaria de los feudos, y esta otra enseñada por los ismaelitas. Los nobles castellanos necesitaban oro para las empresas, y los musulmanes estudiaban el arte de curar. Así, pues, los pensadores buscaban los libros de Moisés, David, Salomon y de los padres evangélicos, y en secreto estudiaban los escritos de Aristóteles, Platon y demas antiguos, conservados por los filósofos de Córdoba.

Don Gaspar y Lotario encontraron á Raimundo en su estancia.

En una de las alas orientales del castillo, cuyo pavimento era la peña viva, avanzaba esta, formando un ángulo entrante cuyos lados asomaban varias ventanas sobre un abismo de mil pies de profundidad y abajo corría el pequeño Ciurana entre álamos, olmos y fresnos. Enfrente descollaba el pico de Al-canár, que hoy dia llamamos Gallican, mole cubierta á la sazón de nieve y enteramente poblada de pinos y robles flamencos; hácia el Norte los collados de Prades y por el Mediodia las sierras de Al-boli y de Al-forja,

contorneaban el panorama tan pintoresco, que admira el siglo XIX, y que sin duda absorbía la atención meditabunda del médico mallorquin. Este misterioso personaje estaba reclinado en una de las ventanas tan absorto en sus contemplaciones, que no apercibió las pisadas del castellano y del capellan. Era un jóven pálido, de grandes ojos apagados; casi calvo y cuya espesa barba sin color llegaba á la mitad del pecho. Usaba un traje extraño; oriental por su turbante verde-morado, hebreo por el sobretodo talar negro con llamas de fuego, y cristiano por la cruz de plata que de una cadenilla pendía de su cuello. Sobre una mesa estaba abierta la Biblia entre dos mazos de flores marchitas, encima de la cama se veian otros pergaminos árabes, un cuadro de la Virgen en la pared y montones de yerbas por todas partes.

—Raimundo «dijo el anciano» venimos á veros.

—Bien venidos en vuestra casa, «respondió el jóven con dulzura».

—Dios sea en ella, añadió Lotario.

—Amen, repitieron los otros dos.

—Ya podeis comprender, amigo mio, prosiguió don Gaspar, que la inquietud y la tristeza tiempo ha dominan en mi corazón. La funesta enfermedad de esa pobre niña nos tiene llenos de angustia y á mi mas que á todos, de desesperación. Os envié á buscar llevado de dudas y esperanzas, hoy en vos confio. Pero de dia en dia veo marchitarse aquel rostro y aunque sus mejillas han vuelto á recobrar su matiz enflaquecen sensiblemente. Pues bien, Raimundo, decidlo de una vez, que tengo valor para sufrir un cruel desengaño, y quiero salgamos de esta situación equivoca peor que la muerte. Si he de perderla, haced lo que podais por ella, mas no me alucineis con promesas.

—Don Gaspar ¿qué me pedis? ¿La vida de esa niña? Dios es quien sabe la hora: yo solo pienso, dudo y busco.

—Pero vos ¿quién sois?

—¿Quién soy? respondió Raimundo suspirando. ¿Lo sé yo acaso? Un hombre á quien el vulgo cree es un Dios, y soy el mas miserable de los seres.

—¿Y vuestra ciencia mágica? dijo Lotario.

—No hay magia en mis experimentos.

—¿Con qué arte, pues, curais?

—Mosen Lotario, el mundo cuando no comprende las cosas las llama milagros antes que confesar su ignorancia. En cuanto á mis medicinas son jugos de yerbas que el tiempo ha enseñado eran remedios contra ciertas enfermedades.

—Yo he confiado, exclamó Lulio.

—Hacéis bien, don Gaspar. Por vuestro ruego vine desde las islas para salvar á esa jóven.

—¿No morirá?

—Dios lo sabe: mas espero no será por ahora.

—Ambos perderíamos con su muerte, vos una esposa, yo una hija.

—Don Gaspar y vos, Raimundo, no anda's acertados en esos tratos. ¿Conceder la mano del último vástago de los Lulios á un desconocido en premio de mezquinos brebages?

—Mezquinos son, mosen Lotario, para el médico, esas pocimas que menospreciais; mas son el mayor tesoro para el enfermo á quien salvan en el borde del sepulcro. La mano que sana al leproso, es en la tierra como para el cielo la del Señor que redime un alma. Bien sé que no puedo inspiraros suma confianza, ya lo veo: no soy rico-hombre, ni

puedo usar de apellido por ignorar quienes fueron mis padres. Fui mecido en la cuna por compasion, y he mendigado mi subsistencia sumido en la miseria. Mis hermanos negaron á mi horfandad un asilo, y fui á implorarlo á los hebreos: uno de ellos me recogió y me alimentó por espacio de veinte años. Enseñóme el arte de curar y la historia de su culto: convencido de la falsedad de este, encontré en un convento el camino de la verdad; mas la Sabiduría Divina no me hizo olvidar los arcanos de la ciencia que me esplicó el judío.

—Esa ciencia...

—Secretos son, mosen Lotario, no hechizos.

—Con todo, nunca he comprendido sus virtudes.

—Ignorancia, no milagros. He hecho brotar chispas de fuego con mi mano, he convertido en oro el estaño, he logrado suspender la vida de un reptil, y he dado movimiento á un cadáver. Son arcanos que un día sabrán los hombres; mas no creais sean maravillas sobrenaturales.

—Hablemos de mi hija.

—Es verdad, don Gaspar, por ella he venido, y para salvarla me he quedado; mas con la dulce recompensa tan grata á mi corazón.

—¡Oh! imposible. Vos no permitireis que una cristiana se enlace con un hebreo.

—Como Abraham sí, mas no como Anás.

—Puede sea un converso...

—Como Augusto de Hipona.

—O un herege.

—Mosen Lotario, ignoro de quien soy hijo; mas mi fe abona por los padres; y la cruz que brilla en mi seno me la ofreció el Pontífice.

Pues bien, si esa niña vive todavía ¿á quién lo debe? Esas desmayadas rosas que matizan sus pálidas mejillas, son flores que la ciencia ha logrado reanimar en el moribundo cuerpo. Cuando la ví por la vez primera, estaba cadavérica, y la intensa fiebre no la permitía reposar un momento. ¡Ay! comprendí que en aquel ser aniquilado por la consuncion, palpitaba un corazón ardiente; adiviné el deseo y la sensibilidad: la muger era un ángel. ¿Quién mejor la merece? La he salvado, es mía.

—Don Gaspar, acordaos de Sara.

—Sí, me acuerdo; mas mi hija le ama y no tengo otra.

—Ilusiones de un instante.

—Eso no, mosen Lotario, mi amor es una pasión.

—¡Oh! peores son las pasiones. El alma que se extravía por esa senda de deseos, sufre si logra á poseer, y desea mas cuando están satisfechos. Si un día llega al colmo de su delirio, entonces cesa aquel anhelo devorador y entra la indiferencia si no viene el tedio. La vida es una lucha: cuantos menos enemigos buscamos, mas fácil es nuestra victoria: ¿y qué son las pasiones? El suplicio de las hijas del rey de Argos que ideó el paganismo.

—Amargas son vuestras palabras, mosen Lotario, y la hiel rebosa en los labios que lanzan un anatema, á mi modo de ver injusto.

—Son verdades divinas. El triunfo del espíritu contra la materia constituye la santidad.

—Es muy delicada esta cuestion y no quiero entrar en ella.

—Ya.

—Una sola pregunta debo dirigiros. ¿Creeis en el amor? La sublime pasión del hijo de María, ¿cómo la compren-

deis? ¿Y la conversion de la Magdalena? ¿A qué atribuis los éxtasis de Teresa? El amor, mosen Lotario, es el único lazo espiritual ó material que une á los seres: puro entre ángeles, dulce y tierno de padres por sus hijos, eléctrico entre los dos sexos. El amor fué una virtud en Ana, un heroísmo en Isabel, santidad en un célebre fundador, y un misterio en un gran pontífice.

—Sutilezas de esa filosofia de la mala escuela de Córdoba.

—Hay mas virtud en las pasiones que en ciertas austeridades.

—¡Vade retro! dijo santiguándose el capellan.

—Pobre anciano, exclamó el jóven, no sois capaz de sentir.

—Dios me libre de ello, contestó el clérigo, y salió de la estancia espantado de oír la apología que del amor hizo Raimundo.

Las infancias ascéticas en un temperamento linfático, no dejan adivinar ciertos impulsos sensuales, y así llega la vejez árida y severa con su prógimo, porque no sabe lo que es deseo y privacion.

En la azotea del castillo, Lotario encontró al jóven Jimeno

—¿Venis de ver al nigromántico? preguntó al capellan.

—Estoy horrorizado de haber oido tantas blasfemias.

—¿Cómo permitis que un herege nos llene de su ponzoña?

—Tu tio tiene la culpa.

—Cegado por la magia del médico no sabe escarmentarse.

—Está obcecado, y su confianza en el tal curandero es mengua para todos. ¡Un judío que con medios sobrenaturales cura á los enfermos y convierte en oro la tierra! Infernales son sus artes.

—No hay duda.

—El anatema nos alcanzará por tolerar tales escándalos.

—Sois severo.

—La ceguedad de tu tio es completa. Ya en otro tiempo no pudo ocultar el castigo que el Eterno, airado, dió á su impureza, anegando en sangre la cuna de sus hijos. ¡Frutos desgraciados de un himeneo del noble rico-hombre con una hebrea! Esta es, Jimeno, la causa de la lánguida dolencia que padece tu prima, y poco á poco la va conduciendo al sepulcro. Este es el origen de los fantasmas que se aparecen á don Gaspar é inmolan á sus hijos.

—Vos creéis que esa tragedia es cosa del otro mundo.

—Y delinque el que lo duda.

—Mi tio...

—Calla, calla, no seas otro de los incrédulos.

—Decid, ¿se efectuará el enlace de Raimundo con mi prima?

—Capaz de ello es tu tio.

—Se aman los dos.

—Tentaciones de Luzbel y ambicion del nigromántico para heredar á los Lulios. Mas no es todavía su esposo, y confio en Dios no lo permitirá. Voy á rogarle y ojalá oiga el Señor mis súplicas si son justas.

A la caída de la tarde de aquel mismo día, bajaba la cuesta de Ciurana el sobrino de don Gaspar, y tras él un escudero llevaba por las riendas dos caballos. Al llegar al barranco que sale del rincón de la sierra, cabalgaron los dos ginetes y se dirigieron á trote largo hácia unos pobres caseríos que los conquistadores habian cedido á varios judíos á peso de oro. Jimeno examinó superficialmente las cuatro ó cinco miserables chozas en las que apenas se podian poner al abrigo de la intemperie ocho ó nueve familias hebreas acinadas allí con un sin número de chiquillos fla-

cos y andrajosos que contemplaban con ojos estúpidos á los caballeros cristianos. Abrióse en aquel momento la puerta de la última casita, y Jimeno entró en ella despues de haberse apeado, pues el caballo no hubiese podido pasar el umbral. Un viejo judío recibió al caballero en un reducido cuartucho lleno de muebles carcomidos y de ropas usadas.

—Daniel, ¿podemos hablar? preguntó el hidalgo.

—Nadie entenderá nuestras palabras aun cuando quisiesen escuchar; lo que no temo, contestó el hebreo.

—Pues bien, ya te acordarás del último trato que tuvimos.

—Perfectamente.

—A pesar del brebaje que me diste, todavía...

—Si la hija del noble de Ciurana, vuestro tío, no ha muerto, vos teneis la culpa.

—Ya te comprendo.

—Faltó para preparar el veneno la sangre de un niño.

—Puedes abrir las venas de alguno de esos que he visto allí abajo.

—Ha de ser sangre cristiana.

—Aquí está mi brazo, dijo alargándole el caballero.

—Daniel, la palabra.

—Don Jimeno, estoy en ella.

Cuando el sobrino de don Gaspar regresaba de la judería, volvía solo, pues el escudero, por orden de aquel, marchó por una mala senda hacia Prades.

—¿Un miserable curandero mi rival! exclamaba Jimeno: ¿qué vergüenza! Con esas artes nigrománticas ha ofuscado á mi tío y me ha robado el cariño de su hija. Para nada me han servido suplicas y lágrimas; el corazón de la muger es mudable como la flor. ¿Cómo vengarme? Con sus mismas armas. Raimundo con un brebaje la ha dado un bálsamo, Daniel con otro. Y despues morirá el judío para que el sepulcro encubra mi secreto. Y el caballero iba subiendo la cuesta de la peña, cuando en una de aquellas vueltas se encontró con el médico que hervoreaba cerca del camino.

—¿Buscáis flores? preguntó Jimeno.

—Caballero, respondió Raimundo, en los tallos de esta planta se esconde una maravilla de Dios. Y enseñaba unas raíces blancas cuyo tronco verde estendia hojas dentelladas.



Sara en casa del judío Samuel.—Páginas siguientes.

—Sois harto crecido para que la sangre tenga virtud; además, han de ser las últimas gotas que salgan del corazón.

—¿Es decir que el niño debe morir?

—Sin duda alguna.

—¿Y si fuese ya difunto?

—Para nada serviría.

—Corriente, lo tendrás. Empero si me engañas entonces será la tuya la que correrá por el suelo.

—Estamos ya resignados á todo.

—Es cierto; mas la recompensa será tanto mayor cuanto mas pronto muera esa muger, aborto de tu raza maldita.

—Morirá, exclamó el hebreo con un acento feroz que heló de espanto al cristiano.

—Aquí tienes cien monedas de oro.

—Recibidas á cuenta.

—Mañana por la noche tendrás al niño.

—Al otro podreis venir por el veneno.

—¿Será eficaz?

—Guardaos de hacer en vos mismo la prueba.

—¿Es un antídoto?

—Una medicina y un veneno.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es un veneno el jugo de esa planta administrado imprudentemente; y dado por mano inteligente es un buen remedio.

—¿Para la enfermedad de mi prima?

—¡Ah! no.

—Decídmelo con franqueza, si ¿confiais en su mejoría?

—¡Oh Jimeno! la amo demasiado para dudar de ello. Aunque la dolencia fuese mortal, estoy cierto que lograria curarla á fuerza de cariño.

—Es muy digna de tanto afecto.

—Pobre niña; nacida y educada en el desierto, lejos del aura vivificador de las sensaciones. Tierna flor que necesita el aroma de las caricias como la sensitiva del calor del sol...

Mientras Raimundo suspiraba, Jimeno sin escucharle prosiguió su camino y llegó al castillo lleno de ira y despecho.

(Se continuará.)

ESTUDIOS DE VIAGES.



Isla de Tzarina, en Peterhoff.

LA RUSIA Y LOS RUSOS. ⁽¹⁾

IV.

LA VIDA DE LOS RUSOS EN EL CAMPO Y EN SUS TIERRAS.

I.

La primavera.—Partida apresurada de los rusos al campo.—Causa de esta precipitación.—Fisonomía de las casas de campo en Rusia.—Su arquitectura, sus adornos, sus comodidades.—Paulowsky.—Su vauhall.—Sus fiestas.—Su sociedad.

Apenas el sol de mayo derrite los hielos del Neva, y aparecen entre las nacientes hojas de los jardines y de los

parques, las alegres bandadas de las aves primaverales, cuando se apodera de todos los habitantes de San Petersburgo una especie de delirio. La cuestión se reduce á quien huirá mas pronto de estas casas, y de estos palacios transformados, durante ocho meses en recintos calientes, donde á pesar del brillo de las fiestas y de los placeres, la vida es ya sofocante. Se desea aire y libertad. Por otra parte, la vida de invierno ¿no es en Rusia, la vida oficial, la vida de uniforme? ¡Cuán grande no será el placer de poder emanciparse de estas trabas, para recorrer de levita los campos con la semilla del otoño, ó para recostarse en la verdosa pradera!

Este apresuramiento de los rusos para emigrar al campo se comprende tambien por el poco tiempo que viven en él. El verano en Rusia, no es mas que un rayo entre dos nubes;

(1) Véase el tomo 40, páginas 133, 169 y 193.

el mas leve soplo puede llenar el vacío, y traer, sino los hielos, por lo menos los vientos frios, las aguas fecundas y la tristeza. Entonces ya no queda mas tiempo que el necesario para levantar la tienda y volver á la ciudad, para maldecir la ingrata naturaleza á la cual se ha pedido en vano la felicidad.

La mayor parte de las casas de campo de Rusia, parece que se han edificado á consecuencia de esta brevedad y de esta movilidad de estacion. Estos son mas bien fugitivos abrigos, que graves habitaciones; allí no se ven piedras sino nada mas que madera, lo que hasta para el uso efímero á que se destinan. Por lo demas, en defecto de la solidez, sus paredes abundan en adornos. Los rusos tienen una pasión desmedida por los colorines, así es que todos los colores del arco Iris, se ven en sus techos, en sus balcones, en sus puertas y en las ventanas de sus posesiones campestres, para luchar en brillo y variedad con las flores de los jardines de que están circuidas. Gustos singulares y hasta un tanto salvajes! Pero estas mismas estravagancias no dejan de tener su encanto. Debemos decir, sin embargo, que entre todas estas iluminaciones, se ven acá y allá, edificios sencillos y nobles; y en cuanto á los de la corona, castillos imperiales ó villas de príncipes, que no ceden en magnificencia y buen gusto á ninguno de los edificios de este género con que se envanece las demas naciones de Europa.

Otro carácter de las casas de campo de Rusia, consiste en reproducir en su arquitectura todas las formas mas espléndidas del arte griego. Columnas, capiteles, pórticos, cornisas, nada se echa de menos. Allí se encuentra tambien algunas veces la cúpula bizantina. En ocasiones preferíamos, respecto á las casas de campo rusas, aquellas que se parecen mas á isbas nacionales, ó mansiones suizas y hasta quintas inglesas. Estas formas modernas convienen mas á la naturaleza del clima de Rusia, al aspecto de sus localidades y al carácter de su civilización.

De los rusos de San Petersburgo que pasan el verano en el campo, los unos, mas graves ó mas interesados, van hasta de los gobiernos mas lejanos del imperio á visitar sus tierras y sus siervos; los otros, y es el mayor número, multitud alegre y acomodada, no se separan de la capital. Habitualmente se reunen en el mismo centro, en casa de alguna linda jóven, elegante ó fantástica, ó simple paloma, que tiene durante la estacion, el cetro de las fiestas y de los juegos.

En 1846, el oleage de la sociedad se dirigió á Paulowsky lugar de recreo inmediato al Tzarskoe-Celo, donde el difunto gran duque Miguel, hermano del emperador Nicolás, poseia un magnifico palacio é inmensos bosques. Por do quiera donde la vista se dirige, el campo se presenta esmaltado de graciosas aldeas y de casas de grandes señores. Alegría llena de elocuencia, imaginación fecunda en placeres, elegancia, riqueza, nada de cuanto puede embellecer la vida falta en estos lugares privilegiados. Reinaba allí tambien, viviendo el gran duque Miguel, una libertad de maneras y una franqueza que contrastaban singularmente con la idea que se tenia en Europa de un país gobernado por un monarca absoluto. Aquello era sin duda un reflejo del alegre humor y del carácter tan benévolo y tan fácil del señor imperial de Paulowsky.

Pero á las once, cuando el sol de junio ó de julio se decide á dejar el paso á la noche, Paulowsky se anima y triunfa. Entonces, su espléndido Vauxhall abre sus anchas puer-

tas, y la multitud que incesantemente alimenta el camino de hierro de Tzarskoe-Celo, se precipita allí confusa é impaciente. Gungl, el célebre jefe de la orquesta, da la señal y da principio el concierto; despues hay baile, mascarada y juegos de toda especie; y mientras que en las salas interiores resuena el ruido de la música y la agitación del baile, los bosques y los parques repiten el eco de las fanfarrias entonando marchas militares. ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¡qué magnífica embriaguez de placeres! Pero observemos á aquella magnífica reunión de jóvenes que se acercan: son oficiales vestidos de paisano, que desean la bienvenida de su nuevo uniforme. Aligeraos, que el cuartel os llamará pronto, y ya sabéis que allí es menester llevar apretada la cintura, y el cuello estirado con el martirio del corbatín.

Se cierra la noche y dan principio los fuegos artificiales. Los salones del Vauxhall quedan al punto desiertos, porque todos quieren ver dar vueltas á los soles de fuego, y remontarse al cielo los cohetes. Todos se apresuran á salir fuera, llevando consigo las sillas, las mesas y los bancos, y despues se encaraman muchos hasta en los árboles. Los hurra's se confunden con el estruendo de los fuegos. En fin, aparece el ramo, y en medio de sus lozanas flores, la cifra imperial coronada con una aureola. Todo el mundo guarda silencio; la música entona el himno nacional, el *God save King* moscovita, y mientras que sus religiosos conciertos se elevan al cielo, la multitud desaparece poco á poco. La fiesta ha terminado.

De esta manera la sociedad rusa de Paulowsky celebra casi todos los hermosos dias de verano. En otra parte no se ve ni animación ni entusiasmo. Pero cuando llega la próxima estación, Paulowsky es un desierto; la caprichosa sociedad habrá escogido ya otra residencia, otro templo consagrado á sus distracciones bulliciosas, á sus locuras, á sus encantos.

II.

Castillo y parque de Peterhoff. — Magnífico sendero que conduce á este paraje. — Castillo del chambelán Navischkine. — El emperador Alejandro y Navischkine. — El gran señor y el papel timbrado. — Cien mil rublos en un libro. — Fiesta de la emperatriz en Peterhoff. — Culto de los rusos hacia sus soberanos. — Como se encontraba la Rusia? — El correo de gabinete y su pasaporte.

Al Oeste de Paulowsky y en las márgenes del golfo de Finlandia, se encuentra el parque imperial de Peterhoff. ¡Cuánto nos gustaba recorrer el hermoso sendero que conduce á él, aquel sendero en el cual de trecho en trecho se ve un obelisco de granito, y donde se despliegan tan suntuosos castillos y tan graciosas aldeas, todo ello tan variado y matizado como las abiertas alas de una mariposa! Todas estas magnificencias me encantaban tanto mas, cuanto que formaban un contraste mas extraño con aquellos otros caminos de Rusia, donde me habia fatigado tantas veces, y donde no habia encontrado mas que privaciones y miseria. ¡Invariable prestigio del poder! Por todas partes donde reina su estrella, la multitud se apresura y adora; la misma naturaleza, olvidando su salvaje independencia, se mezcla con el séquito de los cortesanos y esparce en su derredor sus perfumes mas suaves y sus flores mas risueñas.

En el camino de Peterhoff aparece aquel castillo de fas-

tuosa memoria, donde el famoso Navischkine se arruinaba para festejar al emperador Alejandro; y al pasar hoy por delante de aquellos pórticos tan tristes y desiertos, se cree oír resonar todavía la bulliciosa armonía que los alegraba en otro tiempo; y cuando cae la tarde, parece que se ven sombras que se agitan, ligeras y vaporosas, eternizando el baile y el placer. Tal es, en efecto, el poder de los recuerdos, que basta una palabra, un soplo para evocar á todo el mundo; ¡el presente está incesantemente invadido y absorbido por el pasado!

Se refiere que un día, en medio de una de las fiestas mas espléndidas que Navischkine daba á Alejandro, el emperador interpelló bruscamente á su favorito:

—¿Cuánto te ha costado esto?

—¡Una bagatela! vuestra magestad.

—¿Cómo una bagatela?

—Sí, vuestra magestad.

—¿Y además?

—Unos treinta rublos.

—¿Tienes ganas de reír?

—No, señor, es la verdad; el dinero necesario para comprar el papel timbrado.

Con efecto, el opulento Navischkine no pagaba á los acreedores mas que con letras de cambio é hipotecas, inquietándose tan poco de las consecuencias de las unas, como de la gravedad de las otras, pero contando con una liquidación de ultra-tumba, cuyo cuidado dejaba á sus herederos.

Sin embargo, la falta de dinero le hizo experimentar á veces terribles ansiedades. El emperador Alejandro, habiéndose un día apercebido de ello, le envió un libro, entre cuyas hojas dejó escurrir un billete de 100,000 rublos.

Navischkine recibió el libro y no dió ninguna respuesta.

Algunos dias después le encontró el emperador.

—Y bien, le dijo, ¿qué me dices del libro que te he enviado?

—Señor, respondió Navischkine, esperaba el segundo tomo para juzgar mejor la obra.

A la mañana siguiente Alejandro le envió otro billete de cien mil rublos en un segundo tomo, en cuyo lomo tuvo el cuidado de poner: *Tomo segundo y último.*

Peterhoff es el Aranjuez de la Rusia. Allí se celebran todos los años las fiestas de la emperatriz, en medio de un esplendor de iluminaciones y de fuegos de artificio que recuerdan las maravillas mas gigantescas de las *Mil y una noches*. Parece que ese día todas las almas vivientes de San Petersburgo y de sus cercanías se han citado en la casa de recreo de su soberana. Las calles se ven cubiertas de equipages de toda especie, el Neva y el golfo de Finlandia se ven surcados de barcos de vapor y de otras mil embarcaciones. Es una especie de entusiasmo que no se puede describir.

Por lo demas (no nos cansaremos de repetirlo), no existe ningún pueblo en el mundo que lleve tan lejos como los rusos el amor y el respeto hácia la familia de sus emperadores.

Un día que nos encontrábamos en una aldea situada en las márgenes del Neva, nos detuvimos en la casa de un aldeano para tomar en ella un poco de descanso. Las paredes estaban tapizadas de estampas, y cada una representaba un miembro de la familia imperial. El retrato del emperador

ocupaba un lugar preferente, es decir, el lugar inmediato á la urna que contiene todos los santos amados por el aldeano ruso, y delante de los cuales enciende todos los sábados y los dias festivos cirios y quema perfumes.

—¿Cómo va la Rusia? preguntamos á nuestro huésped.

—La Rusia marchará bien, mientras que el emperador su padre siga bien.

Esta respuesta tiene una sublime candidez.

Otro día, era el mes de febrero de 1847, seguía el bello camino de San Petersburgo á Varsovia, con dirección á España, encargado de los despachos del gobierno. Tenía la orden de llegar pronto; andábamos seis leguas, y á veces seis y media por hora. A unas veinte leguas de Kowno, un correo de gabinete, sin duda muy distraído, me dió un trineo muy malo y un conductor peor.

Nuestro trineo, nada veloz por cierto, andaba como un carro cualquiera.

—¡Pacho, Pacho! (¡marcha, marcha!) dije al cocherero.

Pero éste me miró con una calma imperturbable.

—¿De que os servirá ir mas veloz? tranquilizaos que al fin llegareis.

—¿Cómo, miserable! ¿tú me arguyes? Debes conducirme como correo.

—¿Como correo? preguntó.

—Sí, como correo.

—Pero vos no sois correo, yo no he visto vuestro pasaporte.

—¿Y es á ti á quien debo mostrar mi pasaporte?

Y apoyaba mi réplica con vigorosos bofetones.

El cocherero comenzó á creer que era correo.

Redoblamos, y á cada argumento bien aplicado, el cocherero iba creyendo cada vez mas que era correo.

Habia logrado convencerle de un todo, cuando llegamos al parage donde debía cambiar de caballos y de cocherero.

Llamé al *jemschik* (correo gabinete).

—Ves á este miserable, le dije, mostrando al cocherero que acababa de dejarme; pues bien, ha tenido la osadía de conducirme con la mas grande lentitud. He aquí mi pasaporte.

Al aspecto del pasaporte, el *jemschik* cayó de rodillas, y besó respetuosamente el sello imperial que va impreso en todos los pasaportes de los correos oficiales; después llamó á su muger, una bonita polaca, que hizo la misma ceremonia.

Y mientras que consideraba estupefacto este acto prodigioso de respeto, el *jemschik* levantándose como impulsado por un movimiento eléctrico, y cogiendo por los cabellos á mi desgraciado conductor, le pegó con tanta violencia, que tal vez le hubiese dado muerte si no hubiera intercedido por él.

Llamó entonces á todos los cocheros que estaban bajo su jurisdicción.

—¡Ay de vosotros, les dijo señalando con la mano, si tenéis la desgracia de conducir mal á un hombre que lleva semejante pasaporte!

Desde este momento me vi obligado á moderar el andar de mis conductores, porque la prontitud con que me conducían me cortaba la respiración.

Pudiéramos multiplicar hasta el infinito estos rasgos de

veración de los rusos hacia sus soberanos. Esto consiste, no solo en el carácter sumiso de la nación, cuanto en el prestigio que su dueño ejerce necesariamente sobre ella. El czar es á la vez jefe político y jefe religioso; lleva la corona y la tiara; reina por consiguiente en las opiniones y en las conciencias. Inmenso poder que se confunde, en la apreciación de las masas, con el poder mismo de Dios. Para el pueblo ruso, el emperador es el representante, ó casi la encarnación de Dios sobre la tierra.

III.

Costumbres sencillas del autócrata.—El pintor Ladurnere y el casco de la guardia.—El emperador Nicolás y su fortuna.—El emperador Nicolás y el fumador de cigarros.—Reglamentos de la policía rusa respecto á los fumadores, sea en la ciudad, sea en el campo.

Sin embargo, este emperador, este autócrata sin ejemplo, se presenta comunmente como el mas sencillo de los hombres. Todos los dias le ven pasearse á pie y sin comitiva en las calles de su capital; no teme, cuando se cansa,



Corona rusa. (Estado de Kazan). Filigranas de oro y piedras finas.

subirse en el primer coche de alquiler, y hasta en un ómnibus. Inspecciona los monumentos que manda construir, visita á los artistas, y da por su mano de beber á los obreros. Se encuentra al emperador en los bailes de máscara de la nobleza, y deja que le digan las bromas permitidas á los demás, bajo el misterio de la máscara ó del dominó. Me ha sucedido una vez, en uno de estos bailes, encontrarme sentado en el mismo canapé que el emperador. Los artistas extranjeros son por su parte, el objeto de una benevolencia particular; los habla con una familiaridad que admira.

Hace algunos años, que habiendo formado el proyecto de cambiar los morriones y los cascos de su guardia, mandó llamar á Ladurnere, su pintor militar.

—¿Qué pensais de este proyecto? le preguntó el emperador.

—Lo apruebo enteramente, y si V. M. lo permite le dibujaré un modelo.

—Dibujadlo y hacedlo ejecutar.

Algunos dias despues, Ladurnere vino con un casco magnífico.

—He aqui, dijo al emperador, por si V. M. quiere probarse.

—Con mucho gusto.

Y el emperador le puso sobre su cabeza.

—¡Maravilloso! ¡gracias á Ladurnere!.... ¿pero cuánto costará?...

Ladurnere dijo un precio muy subido.

—¡Oh! es demasiado caro. ¿Quién quereis vos que pague semejante cantidad?

—A fé mia, señor; yo creia que vos teniais fortuna.

Esta última palabra agradó tanto al emperador que la estuvo citando durante tres meses á casi todos á quollos con quienes hablaba.

El emperador Nicolás se complace mucho con las aventuras que le originata su incógnito; y algunas veces las busca.

Un dia que pasaba por delante de una fonda de la grande Morskoí, una de las calles mas frecuentada de San Petersburgo, vió salir de esta fonda á un jóven elegantemente vestido, y fumando su cigarro con la misma franqueza que si se hubiera encontrado en cualquiera otra parte.

El emperador pasó por su lado y le hizo un saludo militar.

—Caballero, parece que hace poco que habeis llegado á San Petersburgo.

—Si, señor, ¿cómo lo habeis adivinado?

—Porque haceis una cosa prohibida por los reglamentos de policía, lo cual supone que no habeis tenido el tiempo de tener conocimiento de ellos.

—¿Y que cosa es esa?

—Vos fumais.

—¡Diablo! ¿Está prohibido fumar aqui?

—Sin duda.

—En ese caso mil gracias! La ley antes que todo.

El extranjero, quitándose su cigarro de la boca, se disponia á apagarle.

—No, le dijo Nicolás, continuad. Mientras esteis conmigo no teneis nada que temer.

—¿Sois acaso algun agente especial del imperio, señor?

—Tengo alguna influencia, y si puede seros útil...

—La acojo, caballero, pues se dice que en este pais lo hacen todo las protecciones.

—¡Oh! vos exagerais; las protecciones no lo hacen todo; pero nos gusta conocer á las personas con quienes tenemos negocios, y ya comprendereis que esto no es posible mas que por las recomendaciones, las protecciones...

—Pues bien, caballero, me aprovecho de vuestra buena voluntad; pues como yo he venido á Rusia para asuntos de comercio, desearia que estos se efectuasen lo mejor posible.

La conversacion se prolongó de esta manera durante un

cuarto de hora, el extranjero fumando su cigarro, y el emperador marchando familiarmente á su lado.

La calle por donde iban estaba llena de elegantes almacenes, de los cuales un gran número pertenecian á mercados de estampas ó de cuadros. Los retratos del emperador abundan en ellos, y todos tienen una semejanza perfecta con él.

El extranjero no podía menos de vez en cuando de compararlos con la cara de su interlocutor; pero la idea de que aquella cara fuese la original, estaba muy distante de su imaginación.

mente del cigarro, pues el emperador Nicolás no estará siempre aquí para protegerlos.

Al entrar en el palacio, el emperador mandó llamar al ministro de la policía, y le dió órden de allanar al viajero francés todas las dificultades que pudiera encontrar durante su residencia en San Petersburgo. Este dejó, pues, la Rusia al cabo de algunas semanas, encantado del buen éxito de sus negociaciones, y bendiciendo por todas partes el nombre de su *amigo* el emperador:

La contravención que acabamos de indicar respecto al cigarro por parte de un extranjero, y aun por la de los



El auto de hacerse conducir como correo en los caminos de Rusia.—Pág. 415.

Sin embargo, el movimiento de la multitud, la marcada atención de los transeúntes y testimonios de respeto de que era objeto el que caminaba á su lado, le llamaron particularmente la atención.

En fin, llegó al último almacén de la grande Morskoi. Allí se veía espuesto un magnífico retrato de cuerpo entero del emperador Nicolás. Ya no cabía duda alguna. Pálido, vacilante, fuera de sí:

—¡Perdon! ¡perdon! balbuceó el pobre extranjero; ¿no es á S. M. el emperador Nicolás á quien yo tengo el honor de hablar?

—Al mismo, respondió el emperador; pero tranquilizaos. Solamente os aconsejo para otra vez que useis prudente-

rusos mismos, se hace con mucha frecuencia. Los hostiles reglamentos para los fumadores deben de ser muy odiosos á un pueblo tan aficionado al tabaco como el pueblo ruso. Es verdad que la costumbre de la disciplina hace que sea mas fácil su observancia, y además la policía por medio de bandos que se renuevan, impide que las infracciones accidentales degeneren en abuso.

He aquí lo que se leía en la gaceta de esta policía el 2 de setiembre de 1846, que fué fijado desde por la mañana en ruso y en francés en todos los barrios de San Petersburgo.

«En virtud de las disposiciones del Código de las penas criminales y correccionales, seccion VIII, de los crímenes y delitos contra el órden público, artículo 1589, está prohibi-

bido fumar tabaco en las calles, las cuadras, los graneros, los almacenes y otros lugares que contengan materias fáciles de inflamarse; y los contraventores pagarán una multa de 50 kopecks á un rublo de plata, ó una detencion de uno á tres dias.

»La administracion de la policia de San Petersburgo, habiendo notado numerosas contravenciones á esta prohibicion, y atribuyéndolas á ignorancia, cree de su deber poner en conocimiento del público que está prohibido fumar cigarros de papel y en pipas, en las calles y en los sitios que se encuentren inmediatos á los almacenes, etc.»

IV.

Paseos y quintas.—Isla de la Fortaleza.—La borcea y la ejecucion de los conspiradores de 1825.—Tumbas de Pedro el Grande y recuerdos de la Rusia.—Aspecto de las islas.—Jardines.—Bosques.—Colecciones.—Cuerpo de las minas de San Petersburgo.—Establecimiento de las aguas minerales.

Hay en las inmediaciones de San Petersburgo un grupo de doce ó quince islas formadas por las sinuosidades del Neva, donde la naturaleza ha dado al arte las riquezas mas prodigiosas, y las bellezas mas variadas. Esta es tambien una de las residencias mas predilectas de los rusos durante la estacion veraniega. La familia imperial posee alli muchas casas de campo; se traslada hácia la mitad de la estacion, que comienza ordinariamente en Peterhoff, para concluir en Tzarkoe-Celo.

La multitud de los cortesanos la sigue, y con ellos la animacion, la alegría y las fiestas de todo género.

Para ir á las islas se pasa por delante de la fortaleza donde están encerrados los prisioneros de Estado. Frontispicio doloroso delante del templo de los placeres. Por esta fortaleza no se puede pasar sin estremecerse.

Un dia á las tres de la mañana, la guardia imperial recibió la orden de pasar á la esplanada que está delante de ella. Se habia encendido una hoguera, y en derredor de esta hoguera se levantaban cinco horcas.

La guardia imperial se formó.

Pronto se vieron venir á paso lento y en medio del mas lúgubre silencio, unos cuantos condenados escoltados de sacerdotes, de jueces y de verdugos, y entre estos condenados, unos llevaban el uniforme de oficial; los otros, que eran cinco, ceñían una larga camisa negra, y en la cabeza un capuchon negro.

Oyóse un redoble de tambores; despues, en medio del espanto universal, un juez elevando la voz leyó la sentencia fatal; luego los tambores redoblaron sin interrupcion y sonaron las trompetas, y dió principio la ejecucion.

Los condenados que llevaban el uniforme fueron despojados de sus espadas que rompieron sobre sus cabezas; de sus charreteras, de sus condecoraciones, de todas sus insignias que fueron arrojadas á la hoguera; y últimamente de su uniforme que fué reemplazado por una casaca de presidiario.

Algunos minutos despues, las cinco horcas mostraban á la multitud terrorificada sus victimas espirantes bajo la presion de sus verdugos.

Los tambores dejaron de redoblar y las trompetas cesaron. Los conspiradores de 1825 habian sido mandados ajusticiar por orden del imperio.

La fortaleza que abrigaba esta escena de muerte, es obra de Pedro el Grande; por ella precisamente comenzó la construccion de San Petersburgo. Forma un exágono regular; sus cimientos se sumergen en el Neva, cuyas aguas la bañan por la parte del Sud, al Este y al Oeste; por la parte del Norte hay un inmenso foso, ó mas bien un brazo de rio la separa de sus almacenes, que tambien están fortificados.

La fortaleza de Pedro el Grande está rodeada, como todo lo que lleva el sello de este soberano, de la veneracion de los rusos. En su iglesia se ven las tumbas de los czares, asi como las de los miembros de la familia imperial. Sus cañones anuncian á los habitantes de la capital las fiestas religiosas y nacionales; tambien dan la señal de alarma, cuando las aguas del Neva, impulsadas por la tempestad, amenazan á San Petersburgo con una inundacion. Jamás olvidaré la impresion que esperiménté, cuando en medio de una noche horrascosa, el bronce de la fortaleza dió al aire sus terribles ecos, y vi á los habitantes de mi barrio levantarse asustados, desalojar los pisos bajos y refugiarse en los pisos mas elevados para sustraerse al azote devastador. Todo el mundo sabe que en 1824 la moderna ciudad de los czares iba á desaparecer á impulsos de las olas.

Visitando las encantadoras quintas de las islas, encontramos por todas partes las flores mas raras, los frutos mas sabrosos, las aves mas variadas por sus preciosos colores, todos los tesoros del Mediodia trasplantados bajo el cielo del Norte. Es verdad que al lado de los jardines y de los parterres, lo que me interesó vivamente en la quinta de un caballero amigo mio, fué una admirable coleccion mineralógica. Me recordaba el Cuerpo de las minas de San Petersburgo, y á la verdad no es poco decir.

El Cuerpo de las minas de San Petersburgo es el espejo geológico de todo el imperio. Es sin disputa, el establecimiento mas rico y mas completo de este género que se ha visto en Europa. Las montañas de la Laponia y de la Finlandia, todas las partes de Rusia han pagado y pagan todavía todos los dias al Cuerpo de las minas de San Petersburgo, un generoso tributo. Topacios de todas clases, rubies, amatistas, esmeraldas, venturinas, ágatas, lapiz-lázuli, turquesas, imanes, piedras de labrador, malaquitas, ¿cuál será la riqueza de la tierra que alli no se encuentre?

Pero el Cuerpo de las minas no es solamente una exposicion de los productos geológicos y mineralógicos de Rusia, es ademas una escuela destinada á formar ingenieros para los trabajos de explotacion y para los demas estudios de geologia. En el Cuerpo de las minas, como en todos los institutos oficiales del imperio, los discípulos están sometidos al régimen militar. Yo noté entre ellos muchas fisonomias inteligentes, pero en la mayor parte de ellas se observa aquella brusquedad y torpeza que caracterizan comunmente á nuestros quintos. Para facilitar á los jóvenes ingenieros el estudio práctico de la ciencia de las minas, se han dispuesto en un vasto museo todos los instrumentos y aparatos que sirven para esplotar los minerales y para ponerlos en obra. Esta parte es muy curiosa de observar. Los instrumentos y aparatos están hechos con tanto arte como en proporciones exactas; funcionan con tanta limpieza, que

al través de estas miniaturas se conoce sin mucho esfuerzo en lo que consiste el trabajo de los obreros mineros y cuales son sus resultados.

Como complemento de esta parte práctica del establecimiento, es preciso citar también la imitación de las minas de Perm: espectáculo extraño con el cual se goza á la luz de las antorchas, en el fondo de lúgubres subterráneos. ¿Qué cosa hay mas maravillosa que estos movimientos de terreno, que estas vicisitudes de color, que esta sucesión de capas y de venas? Es enteramente el interior de una mina; es también la misma temperatura fria, húmeda y malsana. ¡Ah! El corazón se oprime al pensar que á quinientas leguas de estas minas facticias, minas efectivas sumergen millares de obreros, que gastan su cuerpo y su alma arrancando ese oro, instrumento sacrilego de nuestros placeres y de nuestras miserias!

En el centro de las islas se encuentra el establecimiento de las aguas minerales mas célebres por el brillo de sus bailes y de sus conciertos que por el de sus curas. Con efecto, seria indigno de un ruso comprar un remedio que estuviese á su alcance; prefiere cien veces llevar sus enfermedades, verdaderas ó simuladas, á las aguas de Baden-Baden ó de Hombourg: es mas elegante, y ademas logra sacudir durante algunos meses el yugo de la atmósfera moscovita, y de manifestar á los forasteros su opulencia y sus esplendores.

(Se continuará.)

LA LLEGADA DEL VAPOR.

Uno de los pasatiempos á que yo suelo entregarme con mas frecuencia, es tan sencillo como divertido. Consiste en presenciar la llegada de los buques de vapor que hacen la travesía diaria de nuestra ciudad á la de Cádiz, pues en este acto se representan escenas que ni puede desdeñar ni omitir el escritor de costumbres.

Después de haber vagado largamente por nuestros paseos, en los que, como en los bosques de América, todo lo que se admira es la naturaleza, vuelvo hacia el muelle, no sin venir observando la dilatada fila de curiosos, de señoritas que esperan y de mozos de cordel que con el pico al viento pasan el rato en ver si descubren algun rastro de humo que les anuncie la próxima llegada.

Nada diré de los graciosos coloquios que allí se escuchan. Aquí un militar está cómodamente sentado fumando un largo cigarro, pero llega una gruesa mamá que trae á remolque una niña de buen palmito y el oficial se estrecha y apretuja y se reduce á la menor espresion y deja asiento para ambas; y luego entabla un animado diálogo y las refiere su vida agitada y novelesca y miente hasta por los codos, lanzando de vez en cuando miradas mucho menos que modestas á los rasgados ojos de la niña, hasta que la llegada del vapor interrumpe sus sabrosas pláticas. Allí un pijo se entretiene en embaucar á dos inespertas lugareñas contándolas los prodigios de la navegacion, mientras que otros sus compañeros

están limpiándoles las faltriqueras de pañuelos, dinero y llaves. Mas allá, un señor de respetable antigüedad, abuelo sin duda, trae de la mano á dos ó tres rapaces que esperan á papá y á mamá de vuelta de los baños. El abuelo roza por el suelo mas bien que anda, los chiquitines corren y brincan; el viejo riñe, los nietos rien y gritan; la edad obra en todos: el pretérito y el futuro, la generacion que acaba y la que empieza no pueden entenderse. El viejo se acuerda de que fue niño; el niño ni aun imagina que ha de llegar á viejo.

Por otro lado un caballerete apuesto y sobrado galan hace señas á una linda jóven á quien no puede acercarse por que va con papá; si fuera con mamá otra cosa seria; las madres comprenden mejor ciertas exigencias de la edad, *mas los hombres no sirven para madres...* como ha dicho un poeta. En el extremo opuesto otros amantes mas felices charlan á su sabor con sus amadas. ¡Qué dichosos que son!... Ello es verdad que hablan de lo mismo que todos los dias, de lo mismo que hablarán esta noche en la ventana ó en la tertulia, pero al fin se luce la gala; vivimos de ilusiones. Mientrastanto el que pasa á caballo saluda en alta voz á cuantos conoce para ser notado por los demas; los cocheros maldicen del gentío que se les opone y juran cual carreteros; los chiquillos lloran; gritan los gallegos, se da la voz de alarma y... todo se suspende un momento. ¡Ahí está!! ¡Ya está ahí! Estas palabras corren de boca en boca.

Llega el vapor. Los mozos de cordel se disponen á entrar al asalto por los tambores, los que esperan á alguien hacen señas á bulto con el pañuelo; se escucha un confuso rumor y voces de... ¡Allí está!... ¡Mamá!... ¡mira á Curro!... ¡Pepi! ¡óó!... en las cuales se recorre desde el falsete hasta el bajo profundo; los curiosos empujan; los novios maldicen porque las oleadas de gente los separan de sus amadas, y entre tanta confusion empiezan á salir los viajeros.

Detrás de un ingles que lleva todo su equipage en el puño, sale un español buscando un carro para el suyo; eso va en la indole de los pueblos. Luego viene un empleado trasladado, con su baston, su loro, un lio de ropa y un niño de la mano: le piden el pasaporte; pero para buscarlo ha de desocupar uno de los profundos bolsillos de su inmenso gabán, y ya es operacion curiosa. Después de algun jugueteo del niño, sale el pañuelo de coco á cuadros y luego la caja del rapé y un pedazo de salchichon del que hiciera el gasto en el camino, y un papel con bizcochos para el loro, y... ¿habrá mas aun? Si, señor; una manzana de las últimas que le sirvieron en la casa de huéspedes de Cádiz ó de Sanlúcar y debajo de todo esto el pasaporte sucio y manchado, que solo puede compararse con la camisa de un cesante, y vuelve á comenzar la operacion de encajonar en el bolsillo cuanto habia salido de su seno. Después sale un viejo marido de una niña y celoso mas que un turco, que rabia porque el gentío lo empuja haciendo que su cara costilla vaya á reposar en el seno de un jóven almibarado que la recibe con cara de pascuas. El viejo se indigna, gruñe y tira violentamente de su esposa. Detrás sale una enorme vieja, muy almidonada, muy compuesta, muy risueña y muy fea, con su indispensable perrito, dando pellizcos á un granuja que la registraba el bolsillo; en pos de ella algunos jóvenes bulliciosos que la dirigen piropos; luego un moro con su mercancia de dátiles; y luego otro viajero y otros ciento, que ni hay pluma para describirlos ni paciencia para enumerarlos.

Todos son detenidos á un lado por el resguardo, juez ir-

ritable, que escudriña minuciosamente los cofres del que tiene cara de hombre honrado; el que la tiene de pillo pasa ileso como salamanquesa entre las llamas; ellos se entienden.

Después, por las alamedas que conducen á la ciudad, se ve y se reconoce á los recién llegados. Los ingleses hablando muy recio llevan sus cofres colgados del brazo; la vieja con un mozalvete de mal tono, no quita ojo al astur que lleva sus maletas; el papá y la mamá distribuyen juguetes y golosinas á los rapaces; el viejo celoso camina con su mitad andando mas que una locomotora, y todos desparramados por los paseos vuelven á reunirse en las puertas como en lo angosto de un embudo que les ha de introducir en la capital.

Luego los desenlaces darian materia para un ciento de artículos. Una vieja pierde el perro, y después de dar mil vueltas y de mil aventuras que la ocurren buscándolo, lo anuncia en los periódicos ofreciendo una gratificación, y á la mañana siguiente parece el animalito conducido por un truhan que vive robando perros y se sostiene con la pasión ca-

nina de las viejas. Don Meliton llega á su casa y su esposa no le abre. Al llegar don Cornelio á la suya vuelve la cara buscando el equipage, y... aquí estuvo; se eclipsó con el gallego. Apenas ha entrado en la fonda un honrado catalán se encuentra de manos á boca con el comisario de S. P. que se lo lleva por sospechoso á dormir en casa de abuela; uego se sabe que ha sido una equivocación: habian tenido noticias de un conspirador catalán y rubio; ¡Hay tantos catalanes rubios! Yes muy comun el que un viagero que hizo conocimiento en el viage con una linda modistilla, se encuentra ya instalado en el domicilio de la bella, mientras otro prójimo corre las calles buscando una casa de huéspedes que le acomode lo cual es operacion larga en Sevilla.

Tal vez otro dia dé al público algun artículo sobre tan interesantes detalles; por hoy solo ha sido el objeto *la llegada del vapor*, y nos basta con dejar á los viageros en su casa sin entrometernos á averiguar sus aventuras.

BERNABÉ



Navishkine y el emperador Alejandro. — Páginas anteriores.